

NAVA ÁLVAREZ, GASPAR MARÍA DE. CONDE DE NOROÑA (1760-1816)

ANTOLOGÍA II

INDICE:

*A Elida*

*Los celos activos*

*Belisa llorando*

*De una lágrima*

*Contra el oro*

*La ausencia*

*La separación*

*A un poeta*

*Imitando a de Horacio: «vitas hinnuleo»*

*A una señora que envió el regalo, que se expresa*

*El amor tranquilo*

*Nise*

*A una muchacha*

*Situación inalterable del justo*

*Pintura del cruel estado de un celoso*

*Dando la enhorabuena a un amigo, que iba a casarse*

*Retrato de la tristeza del doctor Young*

*Recuerdos de un ausente*

*A un oficial en campaña*

*Razón de no hacer versos durante la guerra*

*Werther a su sepultura*

*A un deseo vano*

*A una mujer ya entrada en edad*

*A D. Francisco Javier Venegas de Saavedra*

*A Silvia*

*La noche triste*

*A la muerte del Coronel Don José Cadalso*

*A Cupido por haber visto a Silvia después de largo tiempo*

*La muerte*

*El Poema – La muerte*

*Ommiada (Varios Cantos)*

*Poesías asiáticas*

*Poesías árabes*

*Poesías persas*

*Poesías turcas*

*A Elida*

Id, versos míos,  
id, mis letrillas,  
no a los palacios,  
donde entre ricas  
columnas y oro  
el dolo habita.

No a los guerreros,  
llenos de heridas,  
jamás afables,  
siempre con ira.

No a los letrados,  
que desestiman  
con ceño adusto  
la Poesía.

No a los soberbios,  
que si critican  
no es por cariño,  
sino de envidia.

Id a las haldas  
de la que estima  
mis cantilenas,  
la amable Elida.

Ella las ama  
y aun ella misma  
me las defiende  
de la malicia.

Contra unas armas  
tan ofensivas  
las guarda y cubre  
como solía  
con sus dos alas  
la palomita  
de Anacreonte  
cuando dormía.

En su regazo  
hallaréis dichas,

gustos sabrosos,  
dulces caricias.

No estéis tardíos.  
A toda prisa  
a la que os ama  
con fe sencilla  
id, versos míos,  
id, mis letrillas.

*Los celos activos*

Se me abrasa el alma,  
Belisa, de celos.

Si vuelves acaso  
esos tus ojuelos  
mucho más hermosos  
que la luz del Cielo,  
y fijas la vista  
en cualquier objeto,  
se me abrasa el alma,  
Belisa, de celos.

Si enseñas tus perlas  
con dulce gracejo,  
cuando abres tus labios  
hablando o riendo,  
porque todos logran  
tan supremo,  
se me abrasa el alma,  
Belisa, de celos.

Si alguno te toca,  
sea o no, queriendo,  
el brazo, la mano,  
o sólo un cabello,  
me cercan las Furias,  
mil penas padezco,  
se me abrasa el abra,  
Belisa, de celos.

Una vez que sabes  
cuál es mi tormento,

no seas ingrata  
con quien es tan tierno,  
pues sólo pensando  
en que puedes serlo,  
se me abrasa el alma,  
Belisa, de celos.

*Belisa llorando*

Las ninfas del río  
sacan del cristal  
su hermosa cabeza,  
al verte llorar.

Miran por el prado,  
y encuentran que están  
los pájaros mudos  
al verte llorar.

Que las tiernas flores  
pierden su humedad,

y quedan marchitas  
al verte llorar.

Y al fondo se bajan  
con celeridad  
por sus ricas conchas  
al verte llorar.

Y en ellas recogen  
todas con afán  
tus lágrimas bellas  
al verte llorar.

Las guardan gustosas  
cual cosa especial  
aunque se hallan tristes  
al verte llorar.

Y yo, que con ellas  
veo que se van,  
¿qué pretendes haga  
al verte llorar?

*De una lágrima*

Cuando yo pensaba  
encontrar desvío  
en la zagaleja  
por quien me hallo herido,

vi de sus ojuelos,  
del Amor hechizo,  
lágrimas ardientes  
correr hilo a hilo.

Una en su mejilla  
paró de improviso  
y exclamé al momento:  
¿Qué es esto, bien mío?

¿Quién es tan tirano,  
quién tan atrevido,  
que a tu pecho amable  
llena de martirios?

¿Y quién de tu llanto  
parar ha podido  
ese indicio leve?  
Mírale, me dijo,

y ahí ve quién causa  
mi amargo gemido.  
Miréla, y.. ¡oh Cielos!  
me encontré a mí mismo.

*Contra el oro*

¿Adónde estaba el rayo  
de Júpiter Tonante,  
que lleno de venganza  
no dividió los aires,

cuando hizo la Codicia  
que los tristes mortales

de lo hondo de la tierra  
el vil oro sacasen?

¿Por qué no fue en cenizas  
convertido al instante  
el primero que tuvo  
ideas tan fatales?

¿Por qué el nervioso brazo  
aferró sin afanes  
el pico, que cortaba  
la mina de los males?

La caja de Pandora,  
llena de enfermedades,  
con el oro nocivo  
no puede compararse,

porque las desazones,  
que este metal nos trae,  
si pueden padecerse,  
no pueden numerarse.

Por él se ven discordes  
los hijos de los padres  
y la Naturaleza  
padece mil ultrajes.

Por él muy pocos hombres  
en una endeble nave  
al ponto se arrojaron  
en busca de otros mares.

Por él con tiranía  
se vierte tanta sangre  
y las regias coronas  
se encuentran vacilantes.

Sin auxilio del oro  
el libertino infame  
no amancillara el lecho,  
ni hubiera mujer frágil.

Hasta en el santuario,  
al pie de los altares,  
entra su hálito infesto,

su negra mancha cae.

Y así, incautos humanos,  
antes que os arrebate  
su valor y hermosura,  
hüid y desechadle,

porque si una vez llega  
la codicia a sentarse  
en el pecho del hombre,  
se desarraiga tarde.

### *La ausencia*

Ausente de su nido  
está mi palomita,  
y su pichón se agita,  
se muere de dolor.

¡Cuál se halla de afligido!

El descanso desama  
de continuo la llama  
con amante fervor.

De un tronco en otro tronco  
dirige el presto vuelo,  
se abate contra el suelo,  
revuelve sin cesar.

Con un gemido ronco  
su quebranto declara,  
salta, corre, se para,  
no puede sosegar.

Búscala acongojado,  
las alas desplegadas,  
en todas las cañadas  
por do la vio partir.

Por uno y otro lado  
mira y remira ansioso,  
y arrulla cariñoso  
para hacerla venir.

En un peñasco hueco  
resuena su querella,  
y, pensando que es ella,  
que responde a su voz,

camina en pos del eco  
de su pasión guiado.  
Mas ¡ay! desengañado  
vuelve a su pena atroz.

Al nido torna luego,  
halla la pluma fría,  
y no como aquel día,  
en que amor los unió.

De angustia y rabia ciego,  
la esparce y desordena,  
que para nada es buena  
desque ella se partió.

Si un pájaro inocente  
al ver su nido amado  
solo y desamparado  
tan condolido está,

¡aquel que vive ausente,  
que entendimiento alcanza,  
y teme una mudanza,  
ay, Dios, cómo estará!

### *La separación*

Verdes troncos de la Alhambra,  
que con las ramas espesas  
impedís que a vuestro suelo  
los rayos del Sol ofendan.

A vuestros pies recostado  
me visteis la vez primera,  
ya culpando su tardanza,  
ya acusando su tibieza.

Las fuentes murmuradoras

se reían de mis quejas,  
y por no oírme sus aguas  
despeñaban por las cuevas.

Creí que nada podría  
compararse con mi pena  
y era porque yo ignoraba  
la que ahora me atormenta.

Y no son celos bastardos  
los que el corazón me apremian,  
ni tercas desconfianzas,  
ni cautelosas sospechas,

porque en sus ojos yo bebo  
un amor, en que se encuentra  
si un fuego activo que enciende,  
tal dulzura que consuela.

Sino que el Hado terrible  
con ferocidad intenta  
a la muralla más firme  
despojarla de su yedra.

Y, temiendo que se llegue  
el instante de la ausencia,  
mi corazón se estremece,  
y el suyo se agita y tiembla.

Y contra vosotros vuelvo,  
truncos duros, mis querellas,  
pues a todos dais dulzuras,  
sólo yo carezco de ellas.

Los pájaros en las ramas  
con libertad se requiebran,  
y escondidos en las hojas  
sus regocijos expresan.

Con arrullos las palomas,  
con trinos dulces las merlas,  
el ruiseñor con gorjeos,  
y la perdiz cuchichea.

La ardiente chicharra chilla  
al fin de la primavera

y se oye en estío el silbo  
de la enroscada culebra.

Todo viviente va en busca  
de su amada compañera  
y la vid estrecha al olmo  
con mil vueltas y revueltas.

Sólo yo triste entre tantos  
no quiere el Hado que sienta,  
como si el pecho tuviese  
formado de bronce o piedra.

Y el Amor por otro lado  
a los ojos me presenta,  
no otros objetos, el mismo  
de mil distintas maneras.

Unas veces agradable  
como palomilla tierna,  
otras veces cual la fuente  
bulliciosa y muy risueña.

De mil flores olorosas  
son entonces mis cadenas,  
que el gusto de la fragancia  
las hace juzgar ligeras.

Otras se enfada furiosa  
como Jove cuando truena,  
y entonces el temor hace  
las prisiones llevaderas.

Con el gusto y con el miedo  
mi pecho engañar pudiera  
con débiles esperanzas,  
con amenazas inciertas.

Pero al mirar que en su rostro  
al impulso de la pena  
el color o se demuda,  
o se enciende con viveza.

Que aquellos activos ojos,  
que al abrirlos una hoguera  
formaban en quien osado

hizo a su luz resistencia,

ahora mustios, llorosos,  
o fijados en la tierra,  
o mirando a todas partes  
sin destino, ni certeza,

casi volver no se atreven  
a mirarme, pues encuentran  
más agua en los míos sólo  
que cuanta aquí se despeña.

Al ver que con los suspiros  
su fiel corazón anhela,  
y con impulso terrible  
procura salirse afuera,

que quiere hablar y no puede,  
porque al dolor se le queda  
la lengua sin movimiento,  
y las palabras se ahuyentan,

¿qué roca por insensible  
no ha de volverse de cera?  
Y ¿qué pecho siendo humano  
no ha de amar con todas veras?  
La vi así, troncos, un día,

y sintiendo que con fuerza  
el alma me arrebatava  
le juré constancia eterna.

Y así pido que si alguno  
con ferocidad intenta  
destruir los dulces lazos,  
en que el Amor nos enreda,

no le deis sombra apacible,  
que mil ramos se os desprendan,  
con que acortando su vida,  
aniquiléis sus ideas.

Que digáis a los arroyos,  
que vuestras raíces riegan,  
tomen de ellas la amargura  
si el agua beber intenta.

Yo en tanto suplico al Cielo  
que tal edad os conceda,  
que en los venideros siglos  
se admiren cuantos os vean.

*A un poeta*

Lejos, lejos de mí, dices,  
esas Deidades mentidas,  
que la ignorancia del hombre  
pudo sólo producirlas.

La pura verdad pendiente  
está de mi labio, oídla,  
que sólo de esta manera  
es digna la Poesía.

Yo te admiro silencioso,  
e, hincadas ambas rodillas,  
escucho los dulces versos,  
que de tus labios destilan.

Por el aire te levantas,  
a los Cielos te sublimas  
con rápido y fácil vuelo  
como garza presumida.

Nosotros, que no podemos  
como endebles avecillas  
salir del nido sin que  
nuestros padres nos asistan,

imploramos a los Dioses.  
Nos subimos a la cima  
del Parnaso y de sus fuentes  
bebemos las aguas limpias.

Con las fábulas vestimos  
nuestras mal formadas rimas,  
para que así resplandezcan  
y algunos quieran oírlas.

Como los cuadros, en donde

ningún primor se divisa,  
que tienen marcos dorados,  
que si no nada valdrían.

Pero tú de ningún modo  
este adorno necesitas,  
porque tus gracias desnudas  
son mucho más expresivas.

Y acuérdate de las Diosas,  
que en la alta cumbre del Ida  
pretendieron la manzana  
de la más hermosa digna.

No alhajaron sus vestidos  
con la seda de la China,  
con las perlas del Oriente,  
ni con oro de las Indias.

Desnudas se presentaron.

La naturaleza misma,  
no el adorno y artificio  
en sus cuerpos se veía.

Así quieres tú los versos,  
porque sabes que, si quitan  
los vestidos a mi musa,  
horror causará su vista.

Desde luego como a Venus  
te otorgo la primacía.  
Y si desnudo me vences,  
¿qué no harás cuando te vistas?

*Imitando la oda XXII del libro I de Horacio:  
«vitas hinnuleo»*

Cual corcillo temeroso,  
que siempre a su madre unido,  
nunca sin ella ha sabido  
dar un paso con reposo,  
si se aparta, presuroso

la va a buscar al momento,  
trepa los montes y, atento  
a cuanto bulle, se espanta,  
ya se agite alguna planta,  
ya en las hojas silbe el viento.

Tú, muchacha, recogida  
en el maternal regazo,  
hallas en todo, embarazo.  
Todo te tiene aturdida.  
La expresión más comedida

te perturba la razón.  
La más inocente acción  
te hace al instante temblar.  
Y ni aun te atreves a hablar:  
tal está tu corazón.

No soy lobo carnicero,  
hambriento de pasto humano,  
lëón libio, tigre hircano,  
que despedazarte quiero.

Soy un amante sincero,  
que sólo tu bien procura,  
pero que teme, si dura  
en ti tal encogimiento,

se deshaga como el viento  
su esperanza y tu ventura.  
Ya aquel tiempo, que inocente  
debieras amar su lado,

cual relámpago ha pasado.  
Y ya aparece en tu frente  
el resplandor que patente  
hace la edad del amor.

Si quieres gustar su ardor,  
no la sigas por do quiera,  
que en la mujer casadera  
parece mal el temor.

*A una señora que envió el regalo, que se expresa*

Damascos, claveles, rosas  
para el gusto, vista, olor  
me ha remitido tu amor  
dulces, bellos, olorosas.

¡Ay, señora, qué tres cosas  
dignas de hacer consonancia  
si hubiera en ellas constancia!

Mas se acaba la dulzura,  
se marchita la hermosura,  
se disipa la fragancia.

*El amor tranquilo*

En una selva florida,  
orillas del Manzanares,  
donde el pajarillo anida,  
y donde el frescor convida  
a desechar los pesares,

Fileno, el más venturoso  
de los amantes pastores,  
por el bosque delicioso  
se paseaba gozoso  
al lado de sus amores.

Y en la graciosa floresta,  
de ramas entrelazada,  
pasaba la estiva siesta  
con mucho contento y fiesta  
en los brazos de su amada.

Pues sentados en la arena  
bajo los troncos frondosos,  
que dan sombra obscura y buena,  
no conocían la pena,  
y sí los gustos sabrosos.

La pastora con primores  
sobre la preciosa falda  
escogía aquellas flores  
de aventajados colores

para hacer una guirnalda.

Y al punto se la ponía  
en la cabeza a su amado;  
y entretanto que esto hacía,  
el color se le volvía  
encendido y sonrosado.

Fileno un papel tomaba,  
y con tijera sutil  
diestramente lo trepaba,  
de tal suerte que imitaba  
al más delgado buril.

Pintaba dos corazones  
enmedio de una orla fina,  
traspasados con arpones,  
y debajo estas razones:  
De Fileno y de Corina.

Ella una rama tomaba,  
la aguzaba y componía  
y en el suelo donde estaba  
el nombre del que adoraba  
con el palito escribía.

Y estas letras tan amadas,  
que en la tierra había escrito,  
por sus ojuelos miradas  
y por su boca besadas  
eran con gusto infinito.

Después que estuvo el pastor  
jugando con su pastora,  
le dijo ella con amor:  
Pues que tocas con primor  
toma tu lira sonora.

Canta, que los ruiseñores  
acompañarán tu acento.  
Criarán las tiernas flores  
al oírte mil olores  
y manso soplará el viento.

El pastor, como en fineza  
ni aun su querida le iguala,

la obedece con presteza  
y con amor y destreza  
así canta a su zagala:

¿Qué quieres que yo te cante,  
hermosa pastora mía,  
cuando te veo delante,  
cuando te muestras amante  
y me llenas de alegría?

Pues cuando los fieros celos  
no están en los corazones,  
ni se padecen desvelos  
ni se invocan a los cielos  
ni se encuentran las razones.

Ni a mi flaca voz es dado  
el retratar tu hermosura,  
que es más florida que el prado,  
más graciosa que el ganado,  
y más que la leche pura.

A tu mejilla preciosa  
nada compararse puede,  
porque su color hermosa  
deja vencida a la rosa,  
y a la blanca nieve excede.

Tus ojuelos, si serenos  
me miran con alegría,  
me parecen más amenos  
que los fértiles terrenos,  
y más hermosos que el día.

Si se vuelven enojados,  
no tienen comparación  
con los rayos abrasados,  
que aterran a los ganados  
y dan miedo al corazón.

Y si se fijan llorosos  
el gusto desaparece.  
Los prados más abundosos  
se marchitan presurosos  
y la linda flor perece.

Y tus labios delicados  
parecen tiernos claveles  
por lo frescos y encarnados  
y que han sido dibujados  
por finísimos pinceles.

Si se abren, tu dulce aliento  
causa vergüenza a la flor,  
al campo presta contento,  
mayor dulzura da el viento  
y en mí recrece el amor.

Y si cantas mis corderos,  
te lamen las blancas manos,  
te colean placenteros  
mis lebreles y ligeros  
saltan por montes y llanos.

Sólo puedo comparar  
tu condición halagüeña  
a aquel gracioso manar  
de una fuente al resaltar  
por el hueco de una peña.

Porque sale presurosa,  
formando mil sierpezuelas  
y su corriente impetuosa  
atraviesa bulliciosa  
por medio de las guijuelas.

A la orilla va criando  
muchas flores agraciadas,  
y por cima van saltando,  
mil cantares entonando  
lasavecillas pintadas.

Otras veces con estruendo  
despeña sus aguas puras,  
un sordo murmullo haciendo,  
y otras veces va riendo  
por medio de las verduras.

No obstante, pastora, veo  
para mí tu condición  
cual la pide mi deseo,  
porque mil dichas poseo

y es mío tu corazón.

Mucho más cantar quería  
Fileno el afortunado,  
mas, viendo acabar el día,  
dejaron con alegría  
los dos amantes el prado.

*Nise*

(Égloga)

*Damon, Nemoroso, Poeta*

POETA

El lamentar sabroso  
de dos mozos pastores  
hora quiere imitar la musa mía.  
A cuyo eco gracioso  
y süaves amores  
el carro ardiente Febo suspendía.

El ave se veía  
con las alas dobladas  
y el pico levantado  
escuchando su tono concertado.

Las ovejas estaban olvidadas  
de la menuda grama  
y el goloso cabrón de la retama.

En la fresca ribera  
del Turia celebrado,  
hay un hermoso bosque tan ameno,  
que de la Primavera  
se mira rodeado,  
de flores y de frutas siempre lleno.

El aire allí sereno  
respira con dulzura,  
los árboles orea,  
y sus hojas densísimas menea,  
comunicando al bosque su frescura,

a las plantas sustento  
y a las cansadas aves nuevo aliento.

Un lascivo arroyuelo  
por el prado atraviesa,  
regando muchas flores olorosas,  
de que se borda el suelo.

Y después que ya besa  
sus plantas con las ondas bulliciosas  
se encrespan espumosas.  
Y él cae despeñado  
de una pequeña altura.

Y mientras alegre a su sabor murmura,  
le acompaña el jilguero enamorado,  
que, sentado en su nido,  
entona un dulce canto no aprendido.

El ruiseñor sonoro  
con pausas más süaves,  
con trinados gorjeos y cadencias  
expresa allí su lloro.

Y con lamentos graves  
del Tereo crüel las insolencias  
haciendo diferencias.

La parra, que enroscada  
el olmo está ciñiendo,  
parece que hacia arriba va creciendo  
para escuchar mejor la concertada  
música, y él en tanto,  
esforzando su voz, aumenta el canto.

A este bosque llegaron  
Damon y Nemoroso,  
dejando su ganado a los zagales,  
y luego se sentaron  
en el suelo frondoso  
quejándose de Amor y de sus males.

Que eran ambos iguales  
en ser enamorados,  
y tener pena fuerte,  
el uno por la furia de la Muerte

y el otro por los celos despiadados.

Mas Damon el primero  
le dice a su querido compañero.

...

## NEMOROSO

¿Qué quieres que te diga, dulce amigo?  
¿Qué quieres que te cuente?  
La maldad en el mundo tiene abrigo,  
y de él está arrojado el inocente.

Mi pastora, mi Nise, mi querida,  
la que tanto cariño me mostraba,  
rompió la fe debida,  
y se mostró crüel con quien la amaba.

Con Tirsi se ha casado,  
por Tirsi me ha dejado  
y por Nise estoy viendo  
que se me va la vida consumiendo.

Este es mi mal, Damon, esta mi pena.  
Esto hace mi enemiga,  
esto el Amor ordena.  
¿Y se hallará en el mundo quien le siga?  
¿Y quien en adelante  
aras le erija, templos le levante?

La vida me es amarga, y el aliento,  
que el corazón respira,  
sólo demuestra mi ira,  
mi furia, mi dolor y mi tormento.  
Mil veces lo decía el justo Cielo,  
arrojando sus rayos contra el suelo.

El búho solitario,  
sentado en unos troncos desmochados,  
o en alto campanario,  
con un lúgubre canto  
anunciaba mis males desdichados.

## DAMON

Enjuga tus mejillas y entretanto  
que la noche nos cubre con su manto,  
cantemos nuestros males  
al son de los cristales  
de esta clara corriente,  
que entre guijas y arenas se va huyendo,  
o del blando susurro que está haciendo  
el fresco y dulce ambiente,  
que menea las hojas blandamente.

### NEMOROSO

Empieza tú primero con tu avena,  
que yo iré respondiendo  
mostrando con dolor mi amarga pena.

### DAMON

¿Qué voz será bastante  
a referir los males  
que en mi pecho causó la muerte airada?  
Aunque duro diamante,  
y robustos metales  
la quieran contrastar, sirven de nada:

Ella a mi Clori amada  
arrebató ligera.  
Y vida tan preciosa  
osó cortar con mano rigurosa  
en medio de su flor y primavera.  
Ven, Muerte, enfurecida,  
y acaba mis pesares con mi vida.

### *A una muchacha*

Con los tuyos hermosos,  
y mis amantes brazos  
forme Cupido lazos.

En tu boca de rosas  
el Amor con excesos  
me deje dar mil besos.

Que si esto concediere,  
altares ciento a ciento  
le elevarán el humo al firmamento.

La tierna tortolilla  
a su consorte amado  
besa con dulce agrado.

La paloma a su esposo  
con blanda voz sonora  
le arrulla y enamora.

Y ajenos de pesares  
colmados de alegría  
se adoran y se gozan noche y día.

Hace la vid lozana  
con el tronco nudoso  
un enlace gracioso.

Dando la yedra vueltas  
por el olmo derecho  
se une con lazo estrecho.

Y, asidas de este modo,  
con ellos juntas crecen,  
se levantan, aumentan y florecen.

Imitemos, zagala,  
las acciones dichosas  
de las aves hermosas.

Cual los troncos y plantas  
formemos presurosos  
mil nudos amorosos.

Y nuestro amor envidien  
al ver que tanto medra  
tortolilla, paloma, vid y yedra.

*Situación inalterable del justo*

Al ambicioso aterran los cuidados

de ser entre los hombres el primero.  
Al avaro la sed del vil dinero,  
cercado de temor por todos lados.

Al jugador la suerte de los dados,  
de los dañosos naipes y el tablero.  
Al soberbio le ahoga su ardor fiero.  
Al lascivo deseos no arreglados.

A éstos destruye la voraz conciencia,  
poniendo los delitos por delante,  
y dándoles pesar con su presencia.

Mas el justo, sereno su semblante,  
sabe la grande indubitable ciencia  
de no temer a nadie ni un instante.

*Pintura del cruel estado de un celoso*

Así como el bridón noble y fogoso  
al eco del clarín, que el aire hiende,  
la crin encrespa, las orejas tiende  
y a veces la menea presuroso,

enhiesta la cerviz, el polvoroso  
suelo a patadas deshacer pretende,  
tasca el duro bocado, que le ofende,  
se inquieta y combatir desea ansioso,

se encuentra aquel amante desdichado,  
que en su pecho los celos aposenta  
y vive con sospechas alarmado.

Porque todo lo agita, le impacienta,  
hasta que llega a ver desengañado  
con pureza su honor, falsa su afrenta.

*Dando la enhorabuena a un amigo, que iba a casarse*

Cual suelen con las ramas enlazadas  
dos árboles unirse, que ni el viento  
puede arrancarles de su firme asiento,

ni quebrantar sus copas levantadas,

pues antes entre sí bien apretadas  
parecen elevarse al firmamento,  
dándoles hermosura y ornamento  
las frutas, que producen sazonadas,

así, querido amigo, te deseo  
un lazo delicioso, un lazo fuerte  
por medio del dulcísimo Himeneo.

Y que esta unión se forme de tal suerte  
que, colmado de paz y de recreo,  
seas siempre feliz hasta la muerte.

#### *Retrato de la tristeza del doctor Young*

Sobre la negra tumba recostado  
está el anciano Young. Contempla atento  
bajo la losa todo su contento,  
porque nada la Muerte le ha dejado.

Con lágrimas su rostro está bañado,  
y temblando su cuerpo macilento.  
Sólo consta de un ¡ay! su triste acento,  
que resuena en el techo embovedado.

Supremo Ser, exclama, que, subido  
sobre el cerco de estrellas prodigioso,  
ves con tedio al que gusta de esta vida,

¿cuándo será mi espíritu impelido  
de tu potente diestra y con reposo  
hará junto a tu trono su manida?

#### *Recuerdos de un ausente*

Hermosas hebras de ébano luciente,  
sobre la nieve y rosas esparcidas,  
o con arte a los lados divididas  
para dejar que luzca la alba frente.

Ojos, donde reside un fuego ardiente,  
cejas, arcos de Amor, cejas pulidas,  
en mi pecho os halláis tan esculpidas,  
como si no estuviera agora ausente.

Y vosotros, hoyuelos, producidos  
de una risa, entre perlas lisonjera,  
cuyos ecos anhelan mis oídos.

Si sólo imaginados, de manera  
mi alma excitáis que pierdo los sentidos,  
al veros, ¿qué será? ¡Quién, ay, os viera!

*A un oficial en campaña*

(Dándole la enhorabuena por haberse alejado de su tienda un borrico,  
que no le dejaba dormir con sus feroces rebuznos)

Entrégate al reposo ya en buen hora,  
que cesaron del burro los roznidos,  
y en dulce paz descansan tus oídos  
de su música atroz altisonora.

Vendrá riendo la fragante Aurora,  
los montes se verán del Sol heridos  
y mostrarán tus miembros aún dormidos  
que el placer tras la pena se mejora.

Juzguen otros feliz al que, cercado  
de pompa, eleva su orgullosa frente  
sobre un pueblo a sus plantas humillado,

o al que apura de Amor la copa ardiente,  
que yo te juzgo a ti, pues has logrado  
librarte de un borrico impertinente.

*Razón de no hacer versos durante la guerra*

Cupido, como niño, se estremece  
del temeroso son del bronce herido,  
y en las faldas de Venus escondido,  
mientras dura la guerra no parece.

Como el numen, que el pecho me enardece,  
a sus blandos halagos lo he debido,  
con el bélico afán está abatido,  
con el continuo susto se enflaquece.

Pues tiembla y huye de la lid el ciego,  
pues sin él no hay ardor, ¿por qué me afano?  
¿Por qué en pos de las musas no sosiego?

No más versos, no más hasta que Jano  
a la Discordia apague el turbio fuego  
y la graciosa Paz nos dé la mano.

### *Werther a su sepultura*

(Imitación de unos versos ingleses)

La sombra de este tronco, yerbas, flores,  
y cuanto el suelo da con lozanía  
cubran aquí la sepultura mía,  
y el recuerdo también de mis amores.

No se vean señales exteriores  
que puedan descubrir mi tumba fría,  
pues no merece mi crüel porfía  
saberse por comunes amadores.

Vendrá algún día que estará temblando  
la lágrima en los ojos de mi esposa  
cuando la cumbre el Sol vaya dorando.

Tú me embalsamarás, gota preciosa,  
si es que debe Carlota estar llorando  
adonde el infeliz Werther reposa.

### *A un deseo vano*

Oh deseo insensato, tu osadía  
¡cuán justamente queda castigada!  
Caminaste con ala arrebatada  
adonde el bien a tu ansia se ofrecía.

Hallaste en vez de fuego, nieve fría,  
mármol en vez de cera, y rodeada  
de agudas puntas, de impiedad armada  
la rosa, que tan dulce parecía.

No quieras imposibles. No con vuelo  
altivo al Cielo registrar presumas  
ni el carro gobernar del Sol dorado.

Que destrozados yacen en el suelo  
Ícaro, ya desnudo de sus plumas,  
Faetón por el rayo ya abrasado.

*A una mujer ya entrada en edad*

Esa cabeza erguida y orgullosa,  
ese ademán altivo y lengua vana  
eran muy buenos en la edad lozana  
cuando el jazmín reinaba con la rosa.

Ahora amarillez, ruga enojosa  
invaden tu belleza soberana  
y en tus ralos cabellos ya la cana  
ejerce su potencia rigurosa.

¡Mira cómo dejaron tu semblante  
las voraces viruelas! ¡cuál los dientes  
negrean por los males y los años!

Mírate en el espejo un solo instante  
y dime si tus modos insolentes  
me harán fuerza con tantos desengaños.

*A D. Francisco Javier Venegas de Saavedra*

Ya el Cielo más benigno ha desterrado  
de nosotros la Guerra  
y con ella los males  
que infestaban la tierra.  
La obscura tempestad se ha serenado,  
que era la destrucción de los mortales.

El Furor, que con gritos espantosos  
llenaba de terror los corazones,  
y los hacía acometer furiosos  
temerarias acciones,  
atadas con cadenas  
las manos a la espalda está de suerte,  
que, hinchándose sus venas,  
casi salta la sangre de oprimida.

Revuélcase rabiando por el suelo,  
muerde los eslabones  
de la cadena, que lo tiene atado,  
fija la airada vista contra el Cielo  
y arroja a borbotones  
la espuma de su boca maldiciente.

En tanto Jano cierra apresurado  
las puertas de su templo, pues clemente  
el Cielo nos envía  
la dulce Paz, cercada de alegría.  
Mira, mira, Venegas, cómo viene  
de flores y de frutos coronada.

Mírala cómo tiene  
en su mano derecha la abundancia,  
y mira dibujada  
en sus labios la risa, y en sus ojos  
graciosos desenojos.  
Esa es la Paz, que viene presurosa  
para que al punto alcemos los semblantes,  
que se hallan reclinados  
sobre los pechos míseros dolientes.

Manda que cuanto antes  
mostremos nuestras frentes  
bañadas de placer, llenas de agrado,  
por haber evitado  
la sangre, que debía  
correr de nuestras venas destrozadas,  
pues la Muerte tenía  
muchas de nuestras vidas preparadas  
para sacrificarlas a su enojo.

Su guadaña blandía  
sobre nuestras cabezas,

pero la Paz corriendo ha conseguido  
evitar sus fierezas,  
su furia ha detenido.  
Y, habiéndola de Europa desterrado,  
al Averno profundo la ha lanzado.

Con su mano piadosa  
al instante del suelo ha levantado  
la reja del arado,  
con llanto abandonada  
en los sulcos al tiempo de formarse.

La espada rigurosa  
en vez de ensangrentarse  
en el hombre, colgada,  
y tomada de orín, será memoria  
de la pasada gloria  
del soldado, que hiriendo ahora el suelo  
es bendecido del benigno Cielo.

Ceres también ofrece  
al duro labrador celeste amparo.  
Y que su albergue caro  
goce sin sobresalto y agonía  
de que llegue algún día  
en que el vencedor destruya cuanto  
le costó afán, sudores y quebranto.

El tridentino Dios del hondo sale,  
de ovas y de espadañas coronado,  
con el rostro sereno,  
porque ve que del mar se han alejado  
el horroroso rayo y seco trueno,  
que en astillas las naves convertía,  
y las aguas teñía  
con sangre de valientes campeones.

Y que las tres hermanas,  
hijas del Erebo, negras  
con su crencha compuesta de culebras,  
abandonan su imperio,  
y, de él huyendo, buscan presurosas  
las estancias del Orco tenebrosas.

A las Nereidas llama, que yacían  
en sus verdes palacios reclinadas,

todas amedrentadas  
del estruendo que oían.  
Les dice: Venid, ninfas agraciadas,  
dividid esas aguas cristalinas,  
no tengáis miedo alguno;  
ya se fueron las furias serpentina  
y ya puede Neptuno  
conceder libremente  
favor y auxilio a la española gente.

Salid y a sus navíos  
impulso nuevo dad para que puedan  
llevar feliz y próspero camino,  
pues dispone el Destino  
que sean ya las ánglicas banderas  
de Lises y Leones compañeras.

Sí, Venegas, la Paz ha repartido  
mil olorosas flores,  
mil bienes prodigiosos  
sobre nuestras cabezas, que han sufrido  
los terribles rigores  
de la Guerra sangrienta y destructora.

Olvidemos los males ya pasados,  
gocemos de los tiempos deliciosos,  
y de la Paz, que ahora  
con sus dulces placeres enamora.

Coronemos las frentes con guirnaldas,  
formadas en las faldas  
de pastoras graciosas.  
Y con danzas donosas,  
guiadas por tan linda compañía  
celebrems lo grande de este día.

### *A Silvia*

Al abrir este pliego, Silvia amada,  
te pensarás tal vez ver retratada  
en sus toscos renglones la alegría  
que otras veces gozaba el alma mía.

Y que se hallan ornados de las flores

de fragancia sutil, que los Amores  
solían derramar a mano llena  
sobre mi frente entonces tan serena.

Y también juzgarás será tu oído  
con resonantes versos complacido,  
dignos de ser cantados por tu boca,  
para quien toda gracia siempre es poca.

Mas ¡ay! las expresiones escogidas,  
de ornatos primorosos revestidas,  
son solamente por Apolo dadas  
a las almas de gustos inundadas,

que la mía, que de ellos ya carece,  
y ante quien aun la Paz desaparece,  
con la melancolía la más negra  
nada le agrada ya, nada le alegra.

Después que en estos días detestables  
de todos los placeres agradables,  
aun los más inocentes, despojaron  
mi pecho, en que otro tiempo se anidaron,

chocarse he visto todas las pasiones  
con las más formidables impresiones,  
porque cada una de ellas se alegrara  
que tras sí sus cadenas arrastrara.

¡Ah crüeles! ¡Qué bárbaras pinturas!  
¡Qué horribles pensamientos! ¡Qué locuras  
me pusisteis delante con intento  
de ofuscar mi alterado entendimiento!

Y que herido en la parte más sensible  
juzgase por ya cierto lo imposible.  
La sensibilidad si bien se mira  
al que la tiene sólo llanto inspira.

Dígalo yo que he visto en mí juntarse  
cuantos males podrán imaginarse:  
Rabia, encono, temor, desconfianza,  
desesperación, celos y venganza.

Pues todos en mi pecho desdichado  
su veneno crüel han derramado,

a cuyo impulso poderoso, activo,  
su carácter odioso en mí percibo.

¡Qué desvaríos de tropel nacieron!  
¡Y qué cosas mis labios exprimieron!  
Ahora, que despacio lo examino,  
cuanto sentía entonces abomino.

Y después que la copa de amargura  
con increíble afán mi labio apura,  
baten las alas y con presto vuelo  
se alejan de mí todos con anhelo.

¡Feliz!... mas ¡ay! que, usando de fiereza  
me dejan en poder de la Tristeza,  
de este monstruo, que a todos sobresale

en furia, contra quien nada ya vale.

Por eso, Silvia, busco desde ahora  
la amarga soledad, que me enamora,  
y solo, triste, con dolor insano  
aborrezco del todo el trato humano.

Una sierra de rocas escarpadas,  
cuyas puntas agudas y peladas  
demostrasen subir con ardimiento  
para así penetrar el firmamento.

Horribles hendiduras, valles hondos,  
sombrios, solitarios y redondos,  
cuyo fin pareciese estar tocando  
a las moradas del pesar infando,

donde sólo se oyese a los búhos  
con ronco acento y espantables dios,  
o del mar el horrísono bramido  
contra la dura peña enfurecido.

En medio de una noche tenebrosa  
a los tristes mortales pavorosa,  
los Austros bramadores desatados,  
cubierto el Cielo de hórridos nublados,

abortando mil rayos encendidos,  
cuyos truenos mil veces repetidos

en las cóncavas cuevas resonaran,  
y desplomar su mole amenazarán.

Ve, Silvia, la morada, que quisiera  
en el mal, que de mi alma se apodera,  
pues sola su espantosa compañía  
a mi cuitado pecho agradaría.

Correrían mil lágrimas ardientes  
sin miedo de cansar a los vivientes  
y en ella libremente mis lamentos  
serían entregados a los vientos.

### *La noche triste*

Obscura noche, noche tenebrosa,  
rodeada de sustos y de espectros,  
a ti llamo, a ti busco, en ti reposa  
el más amante y afligido pecho.

Tú, dulce alivio del mortal rendido,  
del pobre miserable refrigerio,  
que infundes bajo el artesón dorado,  
como bajo los mimbres el sosiego,  
benigna vuelve la amorosa vista,  
que de ti aguarda mi dolor consuelo,

no halagando la mente fatigada  
con apacibles deliciosos sueños,  
sino con el zumbido que produce  
el sordo aletear de los insectos,  
y con el canto lúgubre del ave  
que huye espantada del claror febeo  
y entre tus sombras su alegría busca,  
hinchando el aire con funestos ecos.

Así yo herido de mortales rayos,  
en ti mi alivio conseguir espero.  
La tenebrosa tierra, oh noche, vuelve  
a cubrir con un manto más espeso.  
Al hórrido Temor convoca al punto,  
y haz que me oprima con su adusto aspecto.  
Tal vez, sus ilusiones agitando  
la mente, calmarán mis sentimientos,

o cediendo tal vez a sus impulsos,  
en la muerte hallaré seguro puerto.

Oh vosotros mortales, tan felices  
que no sabéis de amor y que su horrendo  
contagio no ha llegado todavía  
a corroer activo vuestros huesos,  
doblad ambas rodillas y al que tiene  
debajo de sus plantas a los Cielos,  
dadle continuas gracias, porque quiso  
libraros compasivo de su incendio.

¡Ay! Amor no es un niño ciego, hermoso  
con alas, con saetas y risueño.  
Con esa falsa imagen los antiguos  
a todos ocultarle pretendieron,

porque si su ponzoña abominable  
fuera posible estar al descubierto,  
su vista sola suficiente fuera  
a contagiar a todo el universo.

Este es Amor, un monstruo formidable  
de aspecto torvo, de maldad espejo,  
con cien ojos y lenguas otras tantas,  
armado de furor, todo veneno.  
De éste os habéis librado. ¡Venturosos,  
que rehusasteis con heroico esfuerzo  
por una y dos y tres, cuatro veces  
a yugo tan atroz poner el cuello!

Mas yo cuitado que sus iras sufro  
me hallo tan bien con ellas, que deseo  
aumenten mi dolor para que acaben  
vida, que soportar apenas puedo.  
Do quiera que la mente fijo, siempre  
graves motivos de pesar encuentro,  
ya la memoria del placer perdido  
ya la vista del mal que experimento.

¡Quién creyera capaz de tal perfidia  
a un corazón tan dulce y halagüeño  
ni que así se llenara de esperanzas  
fundadas sobre falsos juramentos!  
Quien en un pecho femenil lo viera,  
quien lo mirara fácil como el viento,

de la ambición y el oro contrastado,  
sordo a las voces del amor sincero.

¿En dónde la Amistad sagrada habita?  
¿Cuál es pura? ¿Cuál firme? En torno veo  
tropel de aduladores, con acciones  
fraudulentas, con rostro placentero  
que procuran llenar nuestros oídos  
con la dulce expresión de amigo. ¡Ay Cielos!  
Repaso la memoria, lo examino  
y sólo el dolo, la perfidia encuentro.

Y el que consigue la envidiable dicha  
de sofocar sus penas en el seno  
de tan noble virtud, ¿cómo permite  
que en su preciosa unión domine el Tiempo?

Me admiro viendo el corazón del hombre  
y vacila de horror mi entendimiento,  
al contemplarle siempre en pos los males  
que le destruyen su interior sosiego.

Yo advertí la Amistad que me llamaba,  
llegué, abracéla con sencillo afecto,  
y su lazo estrechando cada día  
sentíme herido de amoroso fuego.  
Me creía feliz pero vi roto  
el vínculo que unía nuestros pechos.

Vi un corazón del mío desprenderse,  
y lo vi reposar en nido ajeno.  
Cuando en tales perfidias yo cavilo  
cuando yo reflexiono, cuando pienso  
con qué facilidad por los mortales  
los pactos más sagrados son deshechos,  
parece que una mano poderosa  
se extiende sobre mí y al grave peso  
quedan sin movimiento mis sentidos  
y el alma opresa con dolor inmenso.

Al derribarme de mi dulce trono,  
ha sido el lazo del amor deshecho,  
ese lazo terrible que tenía  
el alma en vergonzoso cautiverio.  
Se rompió la cadena pero parte  
ha quedado pendiente de mi cuello,

y me hará recordar el otro trozo  
con que unido se hallaba en algún tiempo.

Que no es fácil se borre con presteza  
lo que con firme solidez fue impreso,  
ni que así un edificio tan antiguo  
trastornado se vea por el suelo.  
Que el transcurso del tiempo presuroso  
llegó a petrificar sus muros densos  
y de yedra y menudo jaramago  
en toda su extensión se ven cubiertos.

Mas, ¿adónde volaron mis fortunas?  
Las halagüeñas dichas, ¿qué se han hecho?  
Y las dulzuras, que envidiaban tanto,  
decidme ¡ay infeliz! ¿dónde se fueron?  
¿Por qué señal siquiera no ha quedado  
de aquella fortaleza, que al esfuerzo  
de las ondas del ponto borrascoso  
parecía poner un dócil freno?

Porque estaba fundada sobre arena,  
fácil a transportarse con el viento.  
Obscurecióse el Cielo, levantóse  
un crüel Norte, combatió de recio  
la torre en que mis dichas estribaban.  
La arena se mudó, faltó el cimiento,  
toda aquella inmensa pesadumbre  
a tierra vino con horrible estruendo.

Los escombros sin orden esparcidos,  
de su antiguo esplendor los tristes restos  
demuestran la constante incertidumbre  
de las obras humanas y cuán necio  
es el que intenta sobre arena leve  
fundar ricos palacios, no temiendo  
el revuelto huracán de la Desgracia,  
que todo lo trastorna en un momento.

Ya estoy solo, ya no como solía  
arrastro el carro del Amor, ya enhiesto  
la cerviz que doblaba bajo el yugo,  
ya tengo libertad, ya estoy contento.  
¿Contento yo? ¡Qué error! Eran tan uno  
mi corazón y el que partióse huyendo,  
que una parte del mío se ha llevado

al tiempo de arrancarse de mi pecho,

y me ha dejado inconsolable, triste,  
incapaz de gozar de aquel sereno  
placer que baña el corazón del hombre,  
ajeno y libre de amorosos hierros.  
El mío destrozado, dividido,  
está sin fuerzas. Con trabajo inmenso  
se sostiene en sus alas quebrantadas,  
que barren sin querer el seco suelo.

A vista de mi mal me enciendo en ira,  
recorro la memoria, noto, veo  
los tormentos más grandes, más atroces,  
que a los duros Nerones complacieron.  
Y todos me parecen no ser tales  
cuales quisiera mi rencor horrendo  
para vengar la fiera alevosía,  
causa de las angustias que padezco.

Mas, ¿qué importa este ardor? ¿Ni de qué sirve  
que muestre airado tan feroz despecho?  
Yo no extingo la fiebre que me mata,  
ni alivio alguno a mi dolor encuentro.  
Vuelvo las iras contra mí y ya sólo  
anhelo por morir y lo merezco,  
porque las llaves entregué del alma  
sin saber antes el valor del dueño...

¿Quién no doblara la cerviz altiva  
al dulcísimo encanto de su acento,  
a unos labios más frescos que la rosa,  
a unos ojos activos como el fuego?  
¿A qué traigo a la mente los engaños,  
que mi libre albedrío destruyeron,  
y que después de rota la cadena,  
embargan mi razón, turban mi aliento?

Vosotros, Cielos, que miráis mi angustia,  
que oís mis llantos y sabéis lo cierto,  
decid ¿cómo existir tanta ponzoña  
pudo debajo de tan dulce aspecto?  
¡Ah! Porque en el jardín más delicioso,  
bajo las flores de color más bello,  
donde sólo fragancia se respira  
oculta la serpiente su veneno.

¡Infeliz del que el daño no prevé  
que allí se esconde con risueño aspecto!  
Se verá como yo que, arrebatado  
de su dulce atractivo y embeleso,  
engañado con tantas falsedades,  
sordo a las voces que me dio el Consejo,  
pensé hallarme en el colmo de la dicha  
y vime en el mayor abatimiento.

Oh noche silenciosa, entre tus densas  
sombras oculta mi crüel lamento,  
y da alivio a mi pecho de este modo,  
si para un mal tan duro puede haberlo.  
No puede: cual carcoma introducido  
en lo más hondo de él lo va royendo  
y reduciendo a polvo a toda prisa.

Y al primer soplo del Destino adverso  
en átomos sutiles esparcido,  
se deshará cual niebla. Mi contento  
acabó así y así la fortaleza  
en que creía eternizar mi imperio.  
Mas ¡oh locura, estupidez humana,  
que nos arrastra con furor violento  
a tantos precipicios! ¡Que nos hace  
víctimas tristes de un fatal deseo!

Conocemos lo frágil, deleznable,  
y lo voluble del hermoso sexo,  
para el mal pronto, para el bien remiso,  
que adora y aborrece casi a un tiempo.  
Y no obstante con ansia lo buscamos,  
lo seguimos constantes y exponemos  
nuestra vida mil veces, nuestra honra,  
sólo por complacer sus devaneos.

¡Oh voz terrible! Oh eco, que resuena  
con temeroso son, cesa un momento.  
Mis delirios pasados no reprendas,  
ni los que hacer pensaba sin consejo.  
Ya la razón conozco, ya rasgado  
desapareció del todo el turbio velo,  
que la virtud sagrada me encubría.

Ya las densas tinieblas se han deshecho.

¡Qué confusión, oh Cielos! El semblante  
se cubre de rubor, se pasma el pecho.  
¿En jardines amenos me juzgaba  
cuando iba caminando por desiertos?  
¿He llorado y aún lloro porque fuera  
estoy de un laberinto tan revuelto,  
que era imposible hallarle la salida,  
aun con el hilo que llevó Teseo?

¿Qué imaginaba? ¡Ah triste! Deslumbrado  
con sus inmensas calles Y rodeos,  
no advertí que iba a ser presa de un monstruo  
jamás de sangre humana satisfecho.  
Allí fijar quería mi morada,  
allí pasar mis días venideros.  
Ni oía los bramidos espantosos,  
que hacían resonar los montes huecos.

Ni veía las fúnebres reliquias,  
que, esparcidas en torno aquel terreno,  
denotaban que muchos infelices  
a manos de su furia perecieron.  
Mas una ingratitud inesperada,  
que con razón feliz llamarla debo,  
del mar de la desdicha me ha sacado,  
concediendo a mis ansias dulce puerto.

Ella me ha dado más salud que aquella  
muchedumbre de gustos lisonjeros,  
que con una apariencia deliciosa  
eran engaños pérfidos y horrendos,  
que a las sangrientas uñas me arrastraban  
de aquel monstruo feroz a quien los necios  
apellidan Amor, en honra suya  
quemando ufanos oloroso incienso.

Ella me ha dado a conocer ahora  
toda la fuerza del atroz veneno  
que encerraba aquel vaso cristalino,  
en tomo dibujado con esmero.  
Ella del pecho me arrancó la yerba,  
que no dejando que tomase aumento  
la nacida semilla provechosa,  
sofocaba los frutos venideros.

Mas ¡ay! que de raíz no la ha quitado

y las pequeñas hebras que conservo  
tal conmoción me causan, que destruyen  
los dulces gustos que a gozar empiezo.  
Si supierais, amantes, qué de bienes  
causa la ingratitud en el que ajeno  
se encuentra de perfidia semejante,  
no poblarais el aire de lamentos.

Desde que el Sol se muestra en el Oriente  
hasta que oculta su luciente aspecto  
estaríais rogando al Cielo diese  
a la más firme veleidoso genio.  
¡Qué días tan felices ya me esperan  
contemplando que estuve en tanto riesgo,  
rota la nave, el viento desatado,  
y los abismos de la mar abiertos!

Veré con risa la fatal cadena,  
que al carro del Amor me tuvo preso,  
burlaréme del fuego de su antorcha,  
y pisaré sus flechas con desprecio...  
Mas, ¿adónde me lleva mi delirio?  
Y, ¿qué arrebató es éste, entendimiento?  
No, no puedo esperar alivio alguno.  
Los gustos para mí no fueron hechos.

Antes huyen de mí, contaminarse  
temen con los gemidos que del pecho  
arranco sin cesar. Sus alas tienden  
y desaparecen con ligero vuelo.  
Mi loca fantasía se complace  
con engaños crüeles, pues poniendo  
los placeres que espero ante mi vista,  
se olvida del dolor que experimento.

¿De qué me sirve alimentar la dulce  
esperanza de ser feliz un tiempo,  
si en tanto me hallo en el pesar sumido,  
sin ver en torno sombra de consuelo?  
Un trozo de cadena todavía  
la cerviz me sujeta con su peso,  
sus recios eslabones me repiten  
que aún dura mi terrible cautiverio.

Dura y soy desdichado, sí. ¿Qué importa  
que el amar ocasione mil tormentos,

si el corazón con ellos se complace,  
si su dicha mayor la funda en ellos?  
Arrancarle este mal es darle muerte,  
que ya naturaleza en él se ha vuelto.  
Por eso sufro y gusto de la pena,  
que me obliga a llorar en el silencio.

Mas ¡ay! hasta estar libre de la fiebre  
atroz que, apoderada de mis huesos,  
en la misma médula ha penetrado,  
seré de la desgracia triste objeto.  
¡Qué tropel de horrosas confusiones!  
¡Qué de penas me asaltan con despecho!  
Con ilusiones tristes me amedrentan,  
me llenan de temor y desaliento.

Apenas respirar puedo sin llanto,  
se enervan ¡ay de mí! todos los miembros.  
Los sentidos se ofuscan, se entorpece  
la mente... ¡Qué terrible desconcierto!  
Mas tú, Noche, confunde entre tus sombras  
mis ayes, apresura el movimiento  
para que llegue, derramando luces,  
la mañana feliz de mi sosiego.

*A la muerte del Coronel Don José Cadalso*  
(comandante de escuadrón del regimiento de caballería de Borbón)

¡Qué triste llanto hiere mis oídos!  
¡qué rumor tan confuso! ¡qué lamento!  
¡oh noticia crüel! ¿con qué gemidos

demostraré mi angustia? No hay aliento  
que pueda explicar penas tan furiosas,  
ni cosa que se iguale a mi tormento.

¿Pero qué hijos de peñas escabrosas,  
por carniceros tigres engendrados,  
y arrullados por sierpes venenosas,

y qué pechos serán los que obstinados  
no padezcan ahora la amargura,  
que acibara los nuestros desdichados?

Oh Muerte inexorable, oh Muerte dura,  
¿Por qué cortas la planta más florida,  
privándonos así de su hermosura?

¿Por qué tan a menudo enfurecida  
empleas en los buenos tu guadaña,  
que debieran gozar eterna vida?

¿No sería mejor, no fuera hazaña  
segar aquellos monstruos venenosos,  
que la inocencia ahogan con su saña?

Entonces, sí, serían más famosos  
tus hechos, Muerte. Entonces los mortales  
con tu vista serían virtuosos.

Mas ahora, que traes tantos males

al que tributa a la virtud honores,  
que conviertes sus ojos en raudales,

pues que sólo descargas tus rigores  
en los que, cultivando su talento,  
procuran ser más sabios o mejores,

maldecimos tu mano, tu ardimiento,  
suplicando al que reina en las alturas  
que para compensar tanto tormento,

y acabar de una vez con tus locuras,  
te arrojen al Averno, y con cadenas  
te hagan tan formidables ataduras,

que se revienten de hinchazón las venas,  
y sea disipado enteramente  
el humor infernal de que están llenas.

¡Ay Dios! El sentimiento, que al presente  
con furor me devora, lo ha causado  
esa tu ansia de aniquilar ardiente.

Sí, Muerte, sí, la vida has destrozado  
de Cadalso, Cadalso esclarecido,  
cuya frente en los Cielos ha tocado.

De aquel que en el ingenio ha competido

con el dulce Anacreón, alabando  
como el anciano a Baco y a Cupido,

y con la diestra a veces empuñando  
la sonora trompeta, celebraba  
de los guerreros el glorioso bando.

El coturno otras veces se calzaba,  
o pintando los hechos lastimosos  
lágrimas compasivas arrancaba.

Otras, bajo los mirtos más frondosos,  
sentado con su Filis en las riberas  
de los mansos arroyos sonorosos,

con quejas y canciones lastimeras,  
en que el fuego brillaba y la dulzura,  
mostraba sus heridas verdaderas.

Verías conmoverse la espesura,  
ablandarse las piedras, y el contento  
dibujado en las flores y verdura.

¡Cuántas atacó el vicio macilento!  
Pero con gracia tal que parecía  
ser de Persio o Marcial su activo acento.

Ya no puede crecer, oh Muerte impía,  
esta planta feraz, pues la cortaste  
cuando sus frescas ramas extendía.

Tú el saber y la risa nos quitaste,  
y a la España aquel hijo, en quien fundada  
tenía su esperanza, le robaste.

Esta matrona, que antes penetrada  
se vio de humanidad para cualquiera,  
ahora, de agonía traspasada,

se abandona a su llanto de manera  
que, la frente en sus manos apoyando,  
inmóvil muchas horas persevera.

Está allá en su memoria repasando  
los hijos más famosos, que ha perdido,  
y los va unos con otros comparando.

Apolo del suceso enternecido  
a sus plantas se postra y con dolientes  
ayes su flaco aliento interrumpido,

le acuerda los pasados y presentes,  
que compusieron obras delicadas,  
y, aunque en Pindo bebieron de sus fuentes,

eran las de éste tan aventajadas,  
que encima descollaban cual robusto  
quejigo sobre yerbas desmedradas.

Y, al mirar la cabeza, que con gusto  
orló mil veces, ya deshecha, llora,  
llamando con furor al Cielo injusto.

Hasta el terrible Marte, que colora  
con sangre los arroyos y los prados  
y gusta de la muerte, gime ahora.

De sus ojos, de saña encarnizados,  
lágrimas compasivas han corrido,  
maldiciendo mil veces a los hados.

Y a la funesta mano, que ha prendido  
fuego al robusto obús, de do la muerte  
salió para un soldado tan cumplido,

llora de rabia el Dios su infausta suerte,  
llora el haber perdido en este solo  
un sabio César, un Aníbal fuerte.

Y que hubiera del uno al otro polo  
su nombre cual guerrero dilatado,  
que hoy sólo se repite por Apolo.

En su mente renueva que, ya armado  
muy joven con insignias militares,  
bajo sus estandartes fue alistado

y, atrevido pisando los lugares,  
por donde el Duero lleva su corriente,  
se labraba laureles a millares,

que hubieran coronado aquella frente,

que esta noche el Britano valeroso  
sin querer destrozó bárbaramente.

Sí, el mismo Inglés intrépido dudoso  
estuvo al prender fuego en el terrible  
obús, de tanto daño receloso.

Quería que el destrozo fuera horrible,  
que la sangre del íbero vertiera,  
que fuera su furor irresistible.

Mas no quería, no, que destruyera  
de un varón altamente respetado  
la vida, que apreció sobremanera.

Ese ímpetu detén arrebatado  
hierro destruidor, mira su ciencia,  
venera su talento delicado.

Mas, ¿quién halló a la guerra resistencia?  
¿quién dudó que es origen de mil males,  
y en quien la Muerte funda su potencia?

¿Quién se encontrará ya de los mortales  
que no se canse y sienta los excesos,  
que suelen cometerse en tiempos tales?

¿Quién no verá que de entre los progresos  
de las armas, que en medio de las glorias  
nacen infelicísimos sucesos?

¿Quién no mira que ocultan las historias  
las desgracias, que manan de la guerra,  
contando las hazañas y victorias?

¿Y quién de los que habitan esta tierra  
habrá llorado tanto cual nosotros,  
donde el compendio del dolor se encierra?

¡Felices muchas veces, oh vosotros,  
que alegres con la suerte, que os dio el Cielo,  
no envidiáis las fortunas de los otros!

¡No queréis tener mando sobre el suelo,  
ni después de la muerte lograr fama,  
pero no conocéis el desconsuelo!

Esto fortuna con verdad se llama,  
éstos son los placeres más sabrosos,  
donde nunca la pena se derrama.

Pero tú, que allá en campos luminosos  
gozas bienes eternos, tú, que habitas  
lugares do no moran los viciosos,

do no hay cizañas, donde no hay malditas  
discordias, donde todo es paz, contento,  
y do reinan dulzuras infinitas,

escucha compasivo mi lamento  
y pide que te siga prestamente  
al que manda en la tierra y firmamento.

Y un altar rico, hermoso y eminente  
formaré mientras tanto en tu memoria,  
que humeando estará continuamente.

Pintaré alrededor la triste historia,  
en que acabó tu vida, señalando  
tus acciones de más renombre y gloria.

En ella expresaré pomenor cuando  
saliste a ver las obras avanzadas,  
tu espíritu guerrero demostrando.

Que ni las duras balas disparadas  
por el altivo Inglés ni el estallido  
de las pesadas bombas y granadas,

ni la sangre del muerto, ni el gemido  
del herido pudieron conmoverte,  
como un peñasco de olas combatido.

Pues más sereno cada vez y fuerte  
por medio del peligro discurrías  
sin el temor más leve de la muerte.

Con prolija atención y arte medías  
el trabajo tenaz de la trinchera.  
Todo lo andabas, todo lo veías.

Átropos mientras tanto altiva y fiera

sobre tu frente con vigor sonaba  
para cortar tu aliento la tijera.

Cloto la rueca de pesar soltaba  
y a Laquesis el hilo, que torcía,  
en los trémulos dedos se enredaba.

Mas tu pecho guerrero, que gemía  
por llegar de la Fama al alto templo,  
del furor del contrario se reía,

dando de tu valor heroico ejemplo  
al soldado feroz, que desmayado,  
y triste por tu muerte le contemplo.

Pintaré al General al otro lado  
lleno de agitación porque ha perdido  
el oficial que había más amado.

Y a todos los mejores preferidos,  
por ser en lo político excelente,  
y en diferentes lenguas instruido.

Pondré la alteración, que justamente  
tuvo todo el ejército, sabiendo  
la muerte de un varón tan eminente.

Pondré tu cuerpo... Pero no, ese horrendo  
espectáculo lejos de mis ojos,  
que se están con el llanto deshaciendo.

No quiero que los lúgubres despojos,  
que consiguió la Muerte, a tus amigos  
produzcan con su vista mil enojos.

Únicamente aspiro a que testigos  
sean de tu valor y tu talento,  
que apreciaron tus mismos enemigos.

También para un eterno monumento  
del honor, que tus méritos lograron,  
poner esta inscripción en él intento:

«Aquí yace Cadalso, a quien amaron  
Marte, Palas y Apolo, cuya muerte  
amigos y enemigos lamentaron.»

Tu altar formar lo quiero de esta suerte,  
ya que los siempre inexorables hados  
hoy me privaron del placer de verte.

Y de leche reciente bien colmados  
dos vasos, dos de aceite mantecoso  
serán en él cada año derramados.

Tu nombre invocare con son lloroso  
y, de tamariz verde coronado,  
le cercaré cien veces presuroso.

En este sacrificio acompañado  
seré del dulce Tirso, del fluido  
Elfino y de Batilo delicado.

Cuando vean los tres el conocido  
y funesto lugar donde expiraste,  
sacando un profundísimo gemido,

dirán: «Suelo dichoso, que abrigaste  
la sangre de un varón, que merecía  
un más eterno y más precioso engaste.

«Tú, que fuiste testigo de aquel día,  
que despreciando la granada fiera,  
que el término a su aliento conducía,

se mantuvo sereno en la trinchera  
hasta que al reventar con rabia ardiente  
la frente destrozó que no debiera.

«Tú, que viste su espíritu eminente,  
y que ves nuestro llanto, allá en tu seno  
a los tres nos esconde juntamente.»

En cuanto el ponto de agua exista lleno,  
los troncos con raíces se sostengan,  
la serpiente conserve su veneno,

los ganados de yerba se mantengan,  
habiten los delfines en los mares  
y las desdichas tras los bienes vengan,

crecerán en nosotros los pesares,

y crecerá tu nombre, que merece  
otros loores aún más singulares.

Y mientras que tu fama se alza y crece,  
penetrado de amargo sentimiento,  
mi fatigado aliento desfallece.

Y así colgado dejo mi instrumento  
de un fúnebre ciprés, no por el canto,  
sino porque con él mi triste acento  
ha expresado del pecho el justo llanto.

*A Cupido por haber visto a Silvia después de largo tiempo*

No tienes que sonar el arco duro,  
ni alargar la saeta penetrante,  
que rendido me tienes y seguro.

¿Quién, Cupido, será tan arrogante  
que viendo a Silvia, cual la vi, rehuya  
rendirse a su poder en el instante?

Quien no quisiere tus placeres, huya,  
que yo, que tanto bien por ti he logrado,  
más voluntad no quiero que la tuya.

Quiero tu esclavo ser, quiero amarrado  
seguir al carro de tu triunfo y quiero  
confesar que me encuentro enamorado.

¿Hay un gusto más grande y verdadero  
que poseer de Silvia el pecho hermoso,  
el pecho a quien se humilla el orbe entero?

El coro de los Dioses generoso  
sus gracias puso en él con larga mano  
para que fuese en todo venturoso.

Su fuego abrasador le dio Vulcano,  
Mavorte su firmeza diamantina,  
su resplandor Apolo soberano.

Sus frutos abundosos Eleusina,  
su albor el Alba, Baco su frescura

y Minerva su forma peregrina.

La Cipria ¿qué le dio? ¿Fue por ventura  
sola entre tantos para Silvia avara?  
Más que todos le dio, le dio dulzura.

Con ella se defiende, el rayo para,  
derriba al fuerte, alcanza la victoria,  
tal es la fuerza de virtud tan rara.

¡Oh tiempo aquel, oh tiempo de mi gloria,  
que estuve tal dulzura disfrutando!  
Por eso apenas de él queda memoria.

¡Ojalá que otra vez vaya arrastrando  
una cadena para mí tan leve,  
y sienta un yugo para mí tan blando!

Oh Cupido crüel, Cupido aleve,  
tú quieres que en suspiros me deshaga,  
que tu ardiente rigor con ansia pruebe.

A tus plantas me tienes, satisfaga  
tu corazón en mí su rabia fiera.  
Pero da a mi humildad su justa paga.

Haz que Silvia también sienta la hoguera,  
que otro tiempo su pecho consumía,  
y admita mis cariños lisonjera.

Que se angustie en mi ausencia cual solía,  
que al tenerme a su vista se demude  
y su inquietud produzca mi alegría.

Esto te pido, con ardor acude.  
Favorece a tu esclavo, que no hay nada  
que tema como Amor su esfuerzo ayude.

¿Qué le puede dañar Fortuna airada?  
¿Qué le harán los magnates poderosos?  
¿Qué la plebe sangrienta amotinada?

En los brazos de Silvia deliciosos  
encontrará seguro estable puerto  
contra todos los vientos borrascosos.

Esto ruego, Cupido, ten por cierto  
que si no hallo en su pecho dulce abrigo,  
al amante más fino verás muerto,  
perdiendo ¡ay triste! tu mejor amigo.

### *La muerte*

(Poema filosófico)

### *Argumento*

Invocación, y proposición.

Duermese el Pöeta, aparecésele la Muerte y le arrebatada por el ayre, enseñándole todo lo criado.

Entran en un edificio arruinado.

Declárale la Muerte que aquel es el sepulcro.

Imprecación contra la Muerte, en que está la división del Poema.

Discurso de la Muerte. La vida llena de males desde la cuna hasta el sepulcro.

Poder del Tiempo.

Nacimiento del Tiempo, su curso, y el de las Horas.

Insensibilidad del hombre á los avisos de la Muerte.

Miserias que rodëan al hombre.

Son más infelices los que viven en medio de la opulencia.

Exemplo, entrada de Salomón en su palacio.

La Muerte pone el alma en libertad.

La Muerte se manifiesta en quanto rodëa al hombre.

El nacimiento y la Muerte son los dos puntos sobre los que gira la vida. Igualmente aumenta que disminuye.

Lo mismo que vino la vida se va.

La Muerte no viene cercada de dolores.

Unos temen la Muerte, otros la buscan: la temen los que viven en los deleytes.

Exemplo, banquete de Damocles.

Buscan la Muerte los desgraciados.

Exemplos varios.

Conversión contra los suicidas: pruebase la locura del suicidio.

Y principalmente la de los Materialistas.

No se debe amar la vida tanto, ni aborrecer tanto la Muerte: el justo no la teme.

Exemplo, Muerte de Séneca.

Despiertase el Poeta.

### *El Poema – La muerte*

Santa verdad, a ti que, colocada  
bajo un solio eternal, estás mirando  
con ojos compasivos cómo el hombre  
se deja seducir del vil engaño.

A ti, que pura guardas en tu seno  
la preciosa virtud y con un labio  
lleno de fortaleza contrarrestas  
cuanto se opone a tu candor sagrado,

a ti imploro, tu auxilio sólo  
busco con ansia, con ardor te llamo  
para que pueda descifrar mi acento  
de un sueño misterioso los arcanos.

...

Cuanto has visto al impulso mío cede  
y en este sitio yacen encerrados  
los restos miserables que en el mundo  
las orgullosas almas animaron.

Aquí no se esclaviza, ni se adula,  
aquí no hay clases, condición, ni estados,  
aquí son polvo cetros y tiaras  
y aquí cual humo se disipa el fausto.

Éste, absorto mortal, es el sepulcro.  
Allí Aquiles reposa, allí Alejandro,  
más allá está la tumba de Sertorio,  
y allá la de Escipión el Africano.

Allí Tersites feo, Cresos rico,  
Aristides el justo, Alfonso el Casto,  
Ciego Tiresias, Iro miserable,  
Néstor prudente y bueno Vespasiano.

Mi guadaña se extiende a todas partes,  
y de la misma suerte desbarato  
las cabañas de simples ganaderos,  
que de Reyes soberbios los palacios.

Aunque fabrique torres el altivo,  
atesore metales el avaro,  
amontone trofeos el guerrero  
y consiga favores el privado,

no evitan mis rigores. La hermosura,

el juvenil candor, el dulce halago,  
el vigor varonil y el poderío  
el Tiempo lo consume, yo lo acabo.

Suspende aquí el discurso porque lleno  
de horror al conocerla, en tierra caigo.  
Me levanta, me alienta y, al instante  
que ve desvanecido mi desmayo,

abre su oscuro imperio, me demuestra  
en su profundo cavernoso espacio  
templos, tronos, alcázares deshechos  
y rayos de la guerra ya apagados.

En vez de innumerables escuadrones,  
en vez de ricos y pomposos carros,  
cuyos robustos ejes rechinaban  
al peso de trofeos sanguinarios,

en vez de enhiestas palmas vencedoras,  
de frondoso laurel, triunfales arcos,  
que al guerrero adulaban e infundían  
el bélico furor, el entusiasmo,

polvo hacinado, podredumbre infecta  
se presenta a mi vista y a un puñado  
de ceniza infecunda reducidos,  
los que tantos imperios transtornaron.

Pirámides altivas, monumentos,  
que fabricó el orgullo, en cuyo ornato  
el oro se apuró, que de las minas  
sacó para su mal el hombre avaro.

Escombros son: sus nombres ya no existen.  
[...]  
En su dorado lecho se acongoja  
y está con amargura sollozando.

¿Qué veo? ¿Salomón? ¿El Rey potente?  
¿El sabio? ¿El opulento? ¿El envidiado?  
Sí: el mismo. Hasta la vida ya detesta.  
Su enojoso fastidio llega a tanto.

Porque teniendo innumerables bienes  
de lo que más desea se halla falto.

No tiene paz, el bien que únicamente  
al hombre puede hacer afortunado.

¿Ves cuántas penas en la vida existen?  
¿Qué no presentan sus placeres gratos  
sino copas colmadas de veneno?  
¿Y os quejáis porque evito sus estragos?

Otros contentos mi poder ofrece,  
que no es posible disfrutar en tanto  
que el aura de la vida el cuerpo anime.  
Tal es su precio, su valor tan alto.

El alma dentro de él vive cautiva  
y, aprisionada con robustos lazos,  
ignora la verdad, pues los sentidos  
sólo le traen ilusión y engaño.

Yo rompo sus prisiones, yo disipo  
delante de ella todos los nublados  
su luz la vuelvo y al Eterno busca  
con alas que recibe de mi mano.

¿A qué vienen, mortales, vuestras quejas?  
¿A qué los epítetos, que han llenado  
mi triste nombre de baldón y oprobio?  
¿A qué tanto furor? ¿Encono tanto?

Unos me juzgan término del gusto,  
otros consuelo y fin de los cuidados.  
Aquéllos de mi sombra se estremecen,  
éstos me invocan con ardor insano.

El hombre que olvidado de sí mismo  
e asemeja a los brutos, reposando  
sobre el torpe deleite, ¡cuál se agita,  
cuando a la puerta de su estancia llamo!

Reclinado Damocles blandamente  
en un pomposo lecho, rodeado  
de estatuas, de tapices, de pinturas,  
en que el arte y el gusto se esmeraron,

enfrente de una mesa, do advertía  
vajillas ricas, primorosos vasos,  
graciosos ramilletes, lindas flores,

süaves vinos y manjares gratos.

Las aromas de Persia y las de Arabia  
en delicadas copas humeando,  
sus blandos miembros y cabello ungidos  
con el fino oloroso Malabatro,

servido de mancebos diligentes,  
oyendo el dulce y armonioso canto  
de tiernas ninfas, cuyos rostros eran  
del ocio redes, de Cupido lazos.

Con las perlas de Oriente, con el oro  
de Tíbar y con púrpura adornado.  
En su derecha colocado el cetro,  
la corona sus sienes ocupando,

¿no debiera tenerse por contento?  
¿No debiera llamarse afortunado?  
¿No debiera la Envidia al contemplarle  
llorar de enojo y remorder sus labios?

Debiera ciertamente, si Dionisio  
en medio del magnífico aparato  
un sable agudo de una débil cerda  
no suspendiera al artesón dorado.

La cerviz del dichoso amenazaba  
y él a su vista, con horrendo pasmo,  
opreso el corazón, todos sus gustos  
iba en acíbar y en dolor tornando.

Ya no veía los sirvientes bellos  
ni del rico metal hacía caso,  
ni la mano alargaba hacia la mesa.  
La corona se le iba deslizando.

Inquieto, pidió al Rey que le dejara  
hüir del trono y su engañoso fausto:  
Que no es posible venturoso sea  
quien está de un peligro amenazado.

No le es dado arrostrar la muerte al impío.  
Ella disipa todos los engaños  
y el horror de sus vicios lo conturba  
al deshacerse el mundanal encanto.

Y vosotros que veís con torvo ceño  
al Supremo Hacedor, que os ha criado,  
negáis su vida al alma y os agrada  
la humilde tierra más que el Cielo sacro,

¿por ventura pensáis que con la Muerte  
se halla un escudo contra el signo infausto?  
Si el alma muere con el cuerpo ¿dónde  
hallaréis el placer que vais buscando?

Placer sin existencia, ¡qué locura!  
Tener un solo bien y despreciarlo  
¡qué ciego error! Si nada se halla eterno,  
¿por qué el fin de los males no esperamos?

El bien de la esperanza siempre queda.  
Quien oye a la Razón, descubre un rayo,  
que le muestra la playa deseada,  
adonde encaminar el roto vaso.

Los males y los bienes se suceden  
con un rápido giro. El desdichado  
cuanto más oprimido de la suerte,  
está de la fortuna más cercano.

Las fibras, conmovidas dulcemente,  
causan al hombre los placeres gratos,  
al modo que las cuerdas, cuando heridas  
están por los Orfeos o Terpandros.

Mas si el dolor las pulsa con dureza,  
si va sus vibraciones agitando,  
se altera la armonía, produciendo  
rudos sonidos sin compás ni agrado.

Tales son las pasiones desatadas,  
el alma agitan, como suele el Austro,  
rebramando, alterar los hondos mares  
cuando aparece el nebuloso Acuario.  
Como no hay movimiento que conserve

siempre el impulso en su primer estado  
cuando cesa la acción, la calma vuelve,  
y vuelven los placeres regalados.  
Usar entonces de las claras luces,

que Natura os prestó con pecho franco,

debíais, oh mortales, dando oídos  
a la Filosofía como sabios.

No queráis resistir a la tormenta,  
con las velas su rabia provocando,  
amarrad el timón y al ronco Noto

desnudos oponed los recios palos.  
Todo con la constancia al fin se vence,  
todo lo pierde el corazón menguado.  
Arrostrar el peligro es de valientes,  
de cobardes ceder a los trabajos.

Tal fue el gran Lucio Séneca, que en medio  
del brillo de la corte, en el más alto  
puesto que conceder Fortuna puede  
cerca de los monarcas a un vasallo.

Oyendo de Nerón dulces lisonjas,  
que pío, generoso, derramando  
a manos llenas su tesoro inmenso  
le deja en las riquezas anegado,

no demuestra ambición, no se deslumbra  
con la delicia y mentiroso fausto,  
que anejo al trono, el corazón empece  
del que se lleva de esplendores falsos.

No tuvo el vicio en su interior cabida,  
fue siempre justo, moderado y casto.  
Disfrutó de la vida, sin que nunca  
corromperle pudieran sus halagos.

Y cuando incorporado sobre el lecho,  
el brazo descubierto, el pie descalzo  
para entregarlos al feroz verdugo,  
de agudo acero y de impiedad armado,

al cuello asida su adorada esposa  
sin poder alentar, con llanto amargo,  
en torno los amigos, los sollozos  
reprimiendo por miedo del tirano,

llena la casa del curioso vulgo,  
el salón en silencio sepultado,

y todos los presentes comprimidos  
unos de compasión, otros de espanto

le amenaza la Muerte, no se altera.  
No le oprime el temor, ni gime cuando  
cortan sus venas y la sangre salta,  
que el sosiego en su rostro está pintado.

Y extendiendo la mano a sus amigos,  
con reposada voz, con tono claro  
les dicta sus consejos postrimeros,  
que no les deja trasladar el pasmo.

Al escribir la pluma se resbala  
de sus trémulos dedos, y enclavados  
sus ojos en la boca del maestro,  
parecen hechos de insensible mármol.

El los anima con heroico esfuerzo  
y los convence que el preciso paso  
de la muerte, que temen y en él miran,  
nada tiene de nuevo ni de infausto.

...

Calla la Muerte, quiero replicarla,  
y antes que llegue la palabra al labio  
se disipa aquel sueño y me despierto  
lleno de confusión y desengaños.

## *OMMÍADA*

### CANTO I

Sucesos de los siglos ya pasados,  
hazañas generosas de otros tiempos,  
revivid en mi canto numeroso.  
Sacro Betis, que ciñes tu alta frente  
de fresco lauro y verdinegra oliva,  
y tú, aurífero Tajo, con el ronco  
y lento murmurar de vuestras aguas  
recordáis a mi mente las acciones,  
que yacen en el seno del olvido.  
Vuestras amenas márgenes se vieron  
oprimidas al peso de las huestes  
y empapadas en sangre de sus hijos.

Los montones de arena, levantados  
sobre sus fríos restos, se conservan  
a par de los collados todavía.  
Encima el cardo solitario crece,  
y su erizada crencha agita el viento.  
El labrador dirige el corvo arado,  
y los secos terrones con la reja  
deshace y desenvuelve. El hierro duro  
en los huesos tropieza de los héroes.  
Resuenan. Un terror pánico ocupa  
su incauto corazón y retrocede.  
Mostradme, ríos, sus gloriosos nombres,  
y aquel fuerte varón, que, perseguido  
del hado adverso, anduvo vagueando  
por la costa del Asia y la de Libia,  
hasta que el Cielo, ya aplacado, quiso  
coronar su virtud con un imperio,  
como el que habían a su ilustre casa  
con impulso feroz arrebatado.  
Tú, Musa, que la oculta causa sabes  
de esta admirable acción, con voz sonora  
publica las beligeras hazañas  
del renuevo de Ommia generoso,  
que logró separar la noble Hesperia  
del árabe Califa para siempre.  
La sombra de Merván así replica:  
Junta tus compañeros y parciales.  
Anima sus caídos corazones.  
Diles que si mi Casa perdió el trono  
de la fecunda Siria y seca Arabia,  
en Esbania reserva el Cielo justo  
otro mucho mejor a mi familia.  
No todo ha perecido al sanguinoso  
hierro de Audalla. Su furor no pudo  
contrastar los decretos del Eterno.  
En medio de la sangre y de las llamas  
el justo Abderramen se ha conservado:  
Oculto vive en África, temiendo  
que le sea fortuna adversa siempre,  
y su ánimo sensible, penetrada  
de los encantos de una amante tierna,  
el mando y cetro por amor olvida.  
Es preciso arrancarle de su seno,  
presentarle la imagen de la gloria,  
enardecer su pecho y disponerle  
para las rudas lides y batallas.

Es joven, treinta abriles tiene apenas  
y al aspecto del trono y a los ecos  
de la fama su pecho generoso  
desplegará sus ínclitas virtudes.  
Para poder seguros conocerle  
estas señales os indica el cielo:  
Bajo una erguida poderosa palma  
le hallaréis recostado con su amante.  
Una águila caudal con vuelo rauda  
cercará muchas veces su cabeza  
y luego, sublimada sobre el aire  
con una rapidez casi increíble  
se robará a la vista entre las nubes.  
No perdáis un momento. Declaradle  
los decretos de Alláh y antes que pueda  
perturbarle su amor, haced que deje  
su escondida mansión y el trono ocupe.

### CANTO III

Apareció el Califa, precedido  
de una hermosa brillante comitiva,  
caballos ricamente enjaezados,  
jinetes de extremada gentileza,  
peones revestidos de lucientes  
corazas y de cascos penachudos,  
escudos timbreados de mil formas,  
con alfanjes, con mazas y con picas,  
que brillaban cual suele en el estío  
aparecer un monte todo en llamas  
en medio de las sombras de la noche.  
En pos Abúl venía con Audalla  
en carro de marfil y otro, tirado  
por cuatro yeguas blancas cual la nieve.  
Los Ommíades todos le cercaban,  
terminando cortejo tan lucido.  
Paróse el carro frente el alto trono:  
El Califa y Audalla descendieron  
y, después de subir la escala augusta  
al compás de una música guerrera,  
el primero ocupó la regia silla,  
y a su derecha en pie quedó el segundo.  
Desplegaron las tropas de tal suerte,  
que, formando un gran círculo, dejaron  
a los ilustres Príncipes en medio.

Entonces un heraldo con sonora  
y perceptible voz: Hoy es el día  
de la federación, clamo tres veces.  
Ommíades venid, dad al Califa  
el debido homenaje. Calló, al punto  
todos en movimiento se pusieron  
para subir las gradas del teatro  
y rendir la anhelada pleitesía.  
Entonces el tirano atroz Audalla  
hizo la seña concertada y luego  
los bárbaros soldados se arrojaron  
sobre la incauta excelsa muchedumbre,  
descargando sus mazas poderosas.  
Como cuando en estío de la cima  
del Líbano canudo se desgajan  
con ímpetu torrentes caudalosos.  
Hinchán el claro Oronte y él se esparce  
con murmurar horrendo por los campos.  
Las lindas huertas, que la Siria esmaltan,  
se cubren con la tierra cenagosa  
y matas secas, que en su curso arrastra  
trastórnense los árboles erguidos,  
y los robustos ramos con los pingües  
frutos por tierra derramados yacen.  
Desaparece de su faz hermosa  
la inocente alegría y en vez suya  
horror, miseria y mortandad se advierte:  
Así fue destrozada en un momento  
familia tan ilustre y numerosa.  
...

## CANTO VII

Sobre el negro lintel de la ancha puerta  
están posando las ardientes Ansias,  
las voraces Congojas, las Dolencias  
de miembros flacos y color quebrada,  
la temblante Vejez, la vil Pobreza,  
el Miedo engañador y el triste Lloro.  
También la Muerte descarnada y fría  
entre estos monstruos pávidos se muestra.  
A la una parte y otra de la entrada  
están la Guerra y la voraz Discordia,  
para aterrar al mundo prevenidas.  
La Guerra tiene uncidos sus caballos

a su carro de hierro y en la diestra  
el asta agita con sonante giro.  
La Discordia, de víboras crinada,  
y éstas prendidas con sangrienta toca,  
aullando, el ancho lago en torno asorda.  
Un Ángel, esgrimiendo con viveza  
una espada de fuego rutilante,  
a estas fieras contiene y guarda el paso.  
Mas apenas a Adona ve, que deja  
caer el grave puente levadizo  
con estridor horrendo semejante  
al de un monte de nieve endurecida,  
cuando en el seco estío se desgaja  
y al hondo valle despeñado rueda,  
dejando un grande pueblo soterrado  
debajo de sus ruinas espantosas,  
sin que pueda después el pasajero  
señalar el paraje en que existía,  
y rechinando con gemido agudo,  
se abrieron las compuertas diamantinas.  
El Ángel el umbral adusto pisa,  
mas, apenas el pie en la tierra imprime,  
cuando del interior recinto salen  
panteras y leones carniceros  
y en pos rugiendo a devorarle corren  
entre sus dientes y sangrientas garras.  
Mas, conociendo su carácter, vierten  
espuma venenosa por los labios,  
y sus miembros de cólera retiemblan.  
Pasa y en lo interior encuentra el sello  
del soberbio Zabban, a quien ha dado  
Alláh las llaves del profundo infierno.  
Está compuesto de hórridos dragones  
con asquerosa piel y recia escama.  
Enlazados los cuellos y las colas  
y llamas y ponzoña pestilente  
por ojos y por bocas arrojando.  
Su frente erguida ciñe una corona  
de acero duro convertido en brasa  
y su mano por cetro un rayo tiene  
flamífero y ligero, cual ninguno  
hasta ahora se ha visto desprenderse  
en medio de tormentas tronadoras.  
La regia silla está dentro de un lago  
de negra sangre y amarilla espuma.  
Cuando Adona pisó la adusta estancia

retemblaron los muros poderosos  
y el ruido en torno se esparció veloce  
con ecos pavorosos y difusos.  
Las ponzoñosas víboras, que el cuello  
del infernal Rector están orlando,  
a la vista del Ángel deslumbradas,  
se dejaron caer y la cabeza  
metieron en el lago sanguinoso,  
deseando morir antes que verle.  
Pero con su resuello las abrasa  
Zabban y vuelve a darles nueva vida.  
Ellas se elevan y su frente enroscan,  
al claro Adona con pavor mirando.  
Zabban entonces con acento bronco  
tales razones de su labio arroja:  
¿Cómo? ¿Adona? ¿Del Cielo luminoso  
a las tristes moradas tú descienes,  
donde nadie penetra, que no venga  
a ser con grave pena atormentado?  
Pero no veo en tu semblante impresa  
la seña infausta del eterno enojo.  
Tú has pisado mis pálidas regiones,  
sin que nadie haya osado detenerte.  
Sí, gozas de la luz, que me es odiosa  
y en tu globo de plata te paseas  
tranquilo por el éter. Mas, ¿qué buscas,  
que no sin causa a mis dominios vienes?  
dice, y Adona con ansioso pecho,  
y balbuciente lengua le responde:  
No me faltan angustias. Uriel quiere  
levantar hasta el Cielo una familia,  
que yace en el vil polvo derribada  
y yo deseo confundir su nombre.  
...

#### CANTO XIV

Entonces comenzó la ardiente pugna,  
pues, arrojando al suelo el dardo y flecha,  
armas de los mañosos y cobardes,  
los terribles alfanjes empuñaron.  
Mas las floridas tropas de Venegas  
en apretadas filas los resisten  
y hacen retroceder un largo trecho.  
Omara, lleno de espumosa rabia,  
así a la hueste cordubense insulta:

Miserables cambanios, ¿no habéis visto  
que somos los terribles belatenses?  
¿Para qué exasperáis nuestro coraje?  
¿Pretendéis, por ventura, que se extinga  
vuestra cobarde casta para siempre?  
Tal debéis esperar de nuestro enojo.  
¿Pues quién resiste al clima de Belata?  
Nosotros, respondieron los guerreros.  
Y, apretando el acero con la diestra,  
contra los belatenses se arrojaron,  
sembrando muertes y vertiendo sangre  
por doquier que su brazo se extendía.  
Omara con ardor su fuerza opone,  
y a sus huestes alienta y enardece  
y con la espada cortadora se abre  
camino entre las filas cordobesas.  
Mas éstas cual las olas, que a la orilla  
la tempestad envía resonando,  
que apenas una choca y se deshace,  
otra su puesto ocupa presurosa  
y siempre sierras de mugiente espuma  
contra la playa con horror presenta,  
cuando un peón ardiente el alma rinde,  
otro no menos bravo le remplaza,  
cubriendo el hueco, que en la heroica hueste  
hace el alfanje del feroz caudillo.  
Venegas vigilante y animoso  
de un lado al otro corre y al cobarde  
con agrio tono el desvalor reprende  
y al valiente conforta con dulzura.  
Esta es la puerta, les repite, amigos,  
que guarda el campo y en vosotros fían  
Elamira y los fuertes batallones,  
que ayer ganaron gloria inmarcesible,  
mientras, errando por enhiestos montes,  
estuvimos distantes de la pugna.  
¿Os creéis por ventura menos fuertes?  
¿Menos dignos de lauros inmortales?  
La esperanza, que tienen de nosotros,  
¿será infundada acaso? No, no es vana.  
Nosotros prometimos la defensa  
de este importante paso y defenderlo  
sabremos con esfuerzo denodado.  
Dice y se avanza y al Caudillo busca,  
ganoso de emplear en él su alfanje.  
Mas en vez suya el taciturno Maza

se presenta a la lid con gallardía.  
Pero Venegas, antes que descargue  
el brazo, con fiereza levantado,  
mete la punta del cortante acero  
por la nudosa nuez del cuello altivo  
y le corta las venas en seguida.  
Cae supino y el semblante cubre  
la muerte de una palidez horrible.  
Los fuertes de Cuteka se estremecen  
y un tanto aflojan el ardiente choque.  
Entonces corre el Capitán osado  
al frente de sus huestes valerosas,  
y limpia el paso, como suele el viento,  
que de la alta montaña se derriba,  
y el suelo barre y en su impulso arrastra  
cuanto encuentra con raudos remolinos.  
Albin de Alcaratám al verle sale  
del apretado batallón y firme  
le aguarda, mas Venegas le acomete  
rápido como el rayo. Albin no obstante,  
levantando el alfanje poderoso,  
le descarga al decir estas palabras:  
Mi acero te hará ver que los que habitan  
en campos pingües, de ganados llenos,  
tienen más fortaleza y osadía  
que los nacidos en fragosos montes.  
Dice y cae el alfanje resonando  
sobre la frente audaz del cambaniense.  
Le aturde, descompone, desatenta  
mas no le hiere. La afollada toca  
el golpe para y el templado casco  
lo repele hacia afuera. Pero al punto  
ensañado el intrépido Venegas  
sobre él se arroja y la pujante espada  
por bajo de la barba le introduce  
y la saca por do termina el pelo  
de cubrir la cabeza. Quieren otros  
vengarle y le acompañan en la muerte.  
Se presentan con rabia los de Arlite,  
mas sufren un destrozo semejante.  
...

## CANTO XV

El desenvuelto Moraycel le sigue,

sin aflojar un punto en su porfía,  
hasta do está el intrépido Abenámar:  
como suele seguir un can valiente  
al jabalí cerdoso por los montes,  
ora le aqueja con su atroz ladrido,  
y ora le muerde por doquier que puede.  
El puerco alpestre con sañudos ojos  
presenta sus colmillos, mas el presto  
lebrele le esquivo y vuelve a la pelea,  
hasta que al puesto llegan los monteros  
con astas fuertes y cuchillas anchas.  
Abenámar le mira y dice al fuerte  
hijo de sarracino: Ve y emplea  
tu arco nervioso en otros capitanes,  
que para éste mi activa mano basta.  
Y diciendo y haciendo, en los estribos  
se alza y afirma la asta poderosa  
bajo el brazo derecho. En pos la rienda  
al bruto suelta y con furor se lanza  
en contra del guerrero belatense.  
Éste al verle venir el bridón pica,  
la lanza enristra y el broquel apresta.  
Llegan y chocan los caballos fuertes,  
y hacia atrás aturcidos se retiran.  
Las recias picas en la adarga dura  
se quiebran y en astillas se deshacen.  
Hierva de enojo el cordobés jinete  
y el de Belata de furor retiembla.  
Como si un mismo pensamiento hubiesen,  
a un tiempo bajan la ajustada brida  
y campo toman a talón batido.  
Revuelven y se acercan y se embisten  
con los duros alfanjes recorvados.  
Abenámar descarga al punto el suyo  
con tanta fuerza sobre el lado izquierdo,  
que el ondulante airón y un camafeo  
de precio inestimable, que enlazaba  
las vanas vueltas de la blanca toca,  
caen deshechos y rodando a tierra.  
No víbora pisada enhiesta el cuello  
con tan horrenda cólera y arroja  
ponzoña y fuego por la boca y ojos,  
como Omara al mirar roto el turbante.  
No necesito, exclama, de reparos  
para aterrarte, temerario joven,  
dice y arranca el resto de las sienas,

dejando la cabeza descubierta.  
En pos la espada aprieta con el puño,  
y con tanta pujanza la derriba,  
que Abenámar el cuello del caballo  
mal grado su querer besa y abraza.  
Omara quiere segundar el golpe  
mas el bruto lo lleva de esa suerte  
gran trecho por el campo, hasta que el peso  
del cuerpo mismo en tierra lo derriba.  
Deja la silla el bravo belatense  
y antes que el Adalid cobre el sentido,  
y abra los ojos, con eterna noche  
se los cierra, cortando su cabeza.  
Como el león hambriento de Numidia,  
que una vez ya bañado en negra sangre,  
no aplaca su furor y sed ardiente  
y cabras y carneros y gacelas  
y hasta fuertes panteras despedaza,  
así Omara destruye cuanto topa,  
sin saciar el ardor, que le consume.  
Aquí atraviesa por el vientre a Farsi,  
y ya exánime al suelo lo derriba.  
Allí atropella al solapado Zúlnar,  
y deshace en un punto sus ardides  
con los delgados filos de su acero.  
A Casem, que atrevido le resiste,  
arranca con vigor la asta fornida,  
y el generoso pecho le traspasa.  
Y con esta arma recobrada envía  
al turbio Gehenem miles y miles.  
Muere a sus manos el feroz Ayube,  
y el adusto Moslem y el débil Iza,  
y el renegro Cafor y los hermanos  
Alazir y Moez, que en vida nunca  
se dividieron y la muerte quiso  
también unirlos, pues la aguda lanza  
del grande Omara los pilló de lado,  
y cortó refileando los dos cuellos.  
Un repentino inesperado impulso  
volver los hizo y enlazar los brazos  
y de esta suerte el suelo recibiólos,  
mientras las almas, en amor iguales,  
juntas volaron por el éter puro.  
En tanto Moraycel con vivos pasos  
acá y allá se mueve y con sus flechas  
merma de los contrarios escuadrones

el número de ardientes capitanes.

...

## CANTO XVII

Los restos de Cimón y de Pericles  
están en el vil polvo confundidos.  
Sólo su nombre se conserva intacto.  
La gran Cartago, de la mar Señora,  
¿adónde está? Sus muros poderosos  
¿adónde? Y ¿dó sus ricos edificios?  
Rotos, despedazados se confunden  
entre las ondas del grandioso puerto,  
que ahora con silencio las recibe.  
Roma, de la mitad del orbe Reina,  
y patria de Escipión y de Fabricio,  
dobló su cuello al yugo de los Godos,  
y perdió su vigor y lozanía.  
Ni el linaje de César, aunque grande,  
ni el de los Antoninos, aunque justo,  
han los años fugaces conservado.  
Por todas partes, do los ojos fijos,  
verás reliquias del poder del Tiempo.  
Tebas, con cien Palacios orgullosa,  
Tiro y Sidón, en naves opulentas,  
Palmira, de la gran Zenobia cuna,  
todas son o montones de ruinas,  
o polvo y sombra con recuerdos vanos.  
Todo perece, el Tiempo no perdona  
sobre la haz de la tierra cosa alguna.  
¿Y tú pretendes que tu casa y cetro  
gocen de una existencia que ninguno  
hasta ahora en el mundo ha conseguido?  
Bástale al hombre la sublime gloria  
que alcanzan las hazañas y virtudes.  
Estas viven, el cuerpo se consume.  
La familia se acaba, se derrocan  
los palacios y torres eminentes  
y los grandes imperios se deshacen.  
Piensa en ser digno de renombre eterno.  
Si tú consigues tan suprema dicha,  
mas que perezca tu progenie y trono  
dice el anciano, y en el punto mismo  
carro, caballos, todo desaparece.  
Y, del profundo sueño despertando,

se encuentra Abderramen solo en su tienda  
al tiempo que los rayos esplendentes  
del Sol doraban las enhiestas cumbres,  
y el rocío, esparcido por la aurora,  
la yerba poco a poco sacudía.  
Ninguno, exclama, sino Uriel pudiera  
tal consuelo entre sueños presentarme.  
Sí, le he reconocido en el anciano.  
Sus claros ojos con eterno fuego  
brillaban y mil rayos esparcían  
y su acento süave resonaba  
en mi oído lo mismo que el del joven  
que en el Éufrates mitigó mi angustia.  
Él me ampara y del globo de luz viva,  
que de trono le sirve, envía al cielo  
fervientes ruegos para que benigno  
Alláh sus ojos hacia mí dirija.  
Hagamos lo que ordena y caminemos  
en pos la gloria con osada huella.  
Así el hijo prudente de Moavia  
se consuela con dulces reflexiones.  
Cual rico mercader, que vio su nave,  
cargada de oro y piedras del Oriente,  
llegar al puerto y al entrar abrirse  
contra unos arrecifes engañosos,  
hundiendo bajo la onda su esperanza,  
llénase de pesar, gime y suspira.  
Mas, volviendo a su casa sin aliento,  
recorre su caudal y halla que puede  
reparar aquel daño con la industria,  
y al punto aplacar su dolor y sólo  
su pensamiento pone en el trabajo.  
No de otro modo el capitán olvida  
las pasadas desgracias y procura  
con ahínco ganar laureles nuevos.

## CANTO XVIII

Corre y empuña la fornida lanza,  
con ella embarazado le acomete.  
Apártala Yusef y le cercena  
de un tajo el brazo, con estruendo cae  
y el cuerpo laso por la atroz herida  
se desangra con ímpetu horroroso.  
Tafane empero, que a los dos amaba

desde la edad más tierna como padre  
y en Mertela su patria los había  
visto crecer en fuerzas y virtudes,  
con heroico despecho se presenta  
ante el fiero Abbasida y, No, no pienses,  
exclama, que son todos los soldados  
jóvenes en agraz, que al primer golpe  
de tus armas inclinen la cabeza.  
Tira, descarga, aquí me tienes, dice,  
y mostrándole el pecho descubierto,  
a matarle indefenso le convida.  
Irritado Yusefo con la punta  
embiste al generoso mertelano.  
Mas él, saltando cual veloz pantera,  
tan furioso altibajo le descarga,  
que el gallardo turbante le deshace,  
y abolla y rompe el rebruñido casco.  
El Abbasida queda sin sentido,  
suelta la espada y a caer empieza.  
Mas los bravos Tadmiros le sostienen  
y al frente de ellos con audaz denuedo  
el süave Alhamino se adelanta.  
Al verle tan compuesto y tan hermoso  
Tafane con sonrisa: Qué bien hizo  
en ponerte detrás tu jefe, exclama,  
porque si no vivieran todavía  
mis dos amigos, que angustiado lloro.  
Mas no fuera razón que en tan honrosa  
muerte no los siguieses tú. Y, alzando  
el hierro cortador, le da tal golpe,  
que medio a medio el corazón le parte.  
Con la sangre se inunda el cuerpo todo  
y expira tan de pronto, que no puede  
un ay solo exhalar. Pero se queda  
tan clavado el alfanje en la rotura  
de la tabla del pecho que le impide  
a Tafane el sacarlo, y entre tanto  
que forcejea y debate por su cobro,  
Yusef, ya vuelto del pasado golpe,  
con un duro mandoble le cercena  
la cabeza valiente. Cae, salta  
dos, tres y cuatro veces por el suelo,  
revolviendo los ojos moribundos,  
y a cuantos la contemplan terroriza.  
Cual suele un leñador de fuerte brazo,  
enervado de frío en el invierno,

comenzar por los tiernos romerales,  
hasta que cobra su calor nativo,  
y la fuerza con él, que entonces prueba  
el hacha en los arbustos más nudosos,  
y al fin abate cuanto encuentra a mano,  
así Yusefo y sus activas tropas,  
con el primer suceso enardecidas,  
sembrando van estrago por do quiera.

#### CANTO XXIV

Y, ¿cómo, dice con la voz tremante,  
a implorar el perdón eres osado,  
y a presentarme imágenes piadosas,  
tú, cuyo pecho empedernido nunca  
albergó la piedad en su impío seno?  
¿Tú, que después de herir a una inocente,  
su doloroso llanto no escuchaste,  
dejándola en un bosque abandonada  
a fin de hacer su muerte más horrible?  
No mereces, cruel, que te perdone.  
Anda, perverso, al Gehennem oscuro.  
Y tú, Zoraya, temple el llanto acerbo,  
que tu espada ya está, como deseas,  
teñida con la sangre abominable  
del que osó destrozar tus miembros puros.  
Y, diciendo, le esconde el duro alfanje  
por medio de los pechos hasta el pomo.  
Entra cortando las entrañas todas,  
por la tremenda boca de la herida  
sale el ánima envuelta con la sangre  
y el cadáver supino cae en tierra.  
Entonces Abderramen corta de un golpe  
con el caliente y humeante acero  
la cabeza del mísero caudillo  
y por la luenga barba alzada en alto  
la arroja con desprecio hacia los siros,  
que pálidos y trémulos estaban  
contemplando la escena dolorosa.  
Y estas palabras con ardor les dice:  
Tomad esa cabeza y al Califa  
llevádsela y decidle de mi parte  
que así como del cuerpo para siempre  
ha sido por mi brazo dividida,  
para siempre la Esbania poderosa

ha sido separada de su imperio.

## POESÍAS ASIÁTICAS

### Advertencia

Siéndome forzoso para otra obra que estaba trabajando, el consultar los usos y costumbres de los Orientales, encontré en mi camino estas flores de la poesía asiática, las que he ido recogiendo para formar un ramo y presentarle a los amigos de las Musas. En este mi trabajo he procurado mostrarlas cuales son, de suerte que, aunque en diverso trage, no las desconozcan sus paisanos, pues conservan su tono nacional y sus maneras. En ninguna de las traducciones se echará de ver mejor que en las gazelas a odas de Hafiz, en las que en casi todaslas que la tienen he retenido la repetición de la palabra. Verdad es que esto sólo se puede hacer en castellano, en donde los romances de todos metros facilitan estas repeticiones, que entre nosotros es una gracia, y en las demás lenguas europeas una dificultad casi invencible a causa de la precisión de la rima. Al principio hice mis traducciones en verso suelto porque para mí es el más generoso, según la espresion de Argensola, y porque en él se pueden trasladar todas las bellezas del original sin alterarlas en lo más mínimo. Sin embargo, para contentar a los que miran con ceño esta metrificacón, he hecho con rima o con asonantes las posteriores; pero no he podido menos de dejar como estaban las primeras. Me prometo que los amantes de la verdadera poesía distinguirán estas composiciones llenas de fuego él imágenes pintorescas de las insulsas filosóficas prosas rimadas que nos han venido de algún tiempo acá de allende de los Pirineos, vendiéndonoslas como buena mercancía. Los genios españoles que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginación, deben abandonar esas gálicas frialdades y no desdeñarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales suenan con honor algunos Hispanos cuyas obras yacen sepultadas en el Escorial.

### *A mi esposa*

Mitad del alma mía,  
ahora que la guerra  
con sus gritos de Europa  
a los cisnes ahuyenta,

ven conmigo a los campos  
de la Arabia y la Persia  
a escuchar de sus Musas  
las gratas cantinelas:

Son como tú sencillas,  
son como tú halagüeñas  
y están como tu pecho  
de dulce fuego llenas.

Y no porque se expliquen  
en otro idioma temas  
que sus nativas gracias  
su colorido pierdan.

Las Musas orientales  
son tu imagen perfecta,  
tú con cualquiera traje  
pareces siempre bella.

En tu precioso seno  
acógelas risueña,  
como el olmo recibe  
la desmedrada yedra,

para que se desplieguen  
con tu arrimo, florezcan,  
y de amenos vergeles  
pomposo adorno sean.

## POESÍAS ÁRABES

Los verdaderos placeres  
Vino, y festín sabroso,  
y el dulce retozar de la camella,  
que firme el suelo huella,  
a la que el amo ansioso  
recuesta en lo interior del bosque umbroso.

Muchachas agraciadas,  
que en torno nos rodean,  
con vestidos de oro y seda  
tejidos y las frentes veladas  
cual ebúrneas estatuas delicadas.

Abundancia y sosiego,  
y el ay süave de la cuerda herida,  
hacen feliz la vida.

Y el hombre sigue ciego  
de la fortuna el inconstante juego.

El caso adverso y fuerte  
y la dicha apacible y la riqueza  
y la amarga pobreza  
tienen la misma suerte:  
Que cuanto vive está sujeto a muerte.

*Al capricho de la suerte*  
(por el imán Shafay Mohammed Ben Idris)

No siempre la suerte buena  
es al vigor consiguiente,  
que roe el buitro valiente  
el cadáver con la arena.

Ni la fortuna cruel  
siempre en el flaco se ocupa,  
que la débil mosca chupa  
en regio plato la miel.

*A una muchacha*  
(que se sonrojaba cuando la miraban, por el califa Radhí Billah)

Mi rostro se empalidece  
cuando a Leyla miro atento  
y el de Leyla en el momento  
con el rubor se enrojece.

Como si la sangre ansiosa  
de mi corazón huyera,  
y a depositarse fuera  
en su mejilla preciosa.

*A la fortuna*  
(Por el sultán Shems al Maali Cabies)

Dile al que se halla quejoso  
del proceder de fortuna,  
que ella tan sólo importuna  
al rico y al poderoso.

Mira al cadáver nadar  
sobre la llanura undosa,  
y estarse la perla hermosa  
en lo profundo del mar.

Cuando los bravosos vientos  
de sus cuevas se desatan,  
no combaten ni maltratan  
sino árboles corpulentos.

¡Y cuántos hay que verdean!  
¡Cuántos secos y agostados!  
Y a los de fruto cargados  
únicamente apedrean.

Con refulgente arrebol  
miles de astros resplandecen,  
y sólo eclipses padecen  
la blanca luna y el sol.

*A una mujer*

(que decía estar apasionada de él en su vejez por el califa al Moktofy Liamriltah)

Me dices que me adoras, embustera.  
Así se halaga al juvenil deseo.  
Di: te aborrezco, y te diré: lo creo,  
que al viejo no hay ninguno que lo quiera.

*A una negra virtuosa*  
(por Ebn Calanis Al Eskanderi)

Una negra es más blanca muchas veces  
por sus costumbres que las blancas mismas  
y hay en un cuerpo, como almizcle oscuro,  
la candidez del alcanfor más puro.

Entonces se asemeja  
su tez a la pupila de los ojos,  
que negra nos parece  
y es una luz que viva resplandece.

*Del Ser supremo*

(contemplando la venida de la primavera)

¿No percibes el aura deliciosa  
y su fragante aliento, que ora gime,  
ora exhala su olor, como la cierva  
cuando recobra su perdido hijuelo?

Los nublados en lluvia se deshacen,  
la inconsolable tortolilla llora,  
agítanse las ramas y se quejan,  
la roja aurora brilla, resplandece

la blanca camamila y se disipan  
con truenos y relámpagos las nubes.  
Viene el verano derramando gracias,  
y la pintada rosa las anuncia.

Para ti todo y por tu bien es hecho,  
incrédulo mortal, y todo, todo  
a Dios recuerda y sírvele y le alaba  
y tributa loor, y cada cosa  
es un signo que muestra su potencia.

*Descripción de una muchacha*

Lo juro por el arco de sus cejas,  
por su graciosa unión, por los arpones  
con que su hechizo en derredor esparce,  
por la molicie de su lindo cuerpo,  
por su agudo mirar y albor brillante  
de su frente y lo negro de su crencha,  
por su gracioso ceño con que espanta  
el sueño de mis ojos y obra siempre  
sin razón contra mí vede o conceda,  
por las ardientes víboras, que lanzan  
sus rizos empapados en veneno  
para matar los pérfidos amantes,  
por las rosas, que esmaltan sus mejillas,  
el mirto de su bozo, los risueños  
rubíes y las perlas de sus dientes,  
por su olor agradable, por su acento,  
que cual gotas de miel y leche sale  
con desliz delicioso de su boca,  
por su cuello y el ramo delicado

en que enhiesto reposa y las granadas  
que firmes en su pecho se mantienen,  
ora la espalda con impulso leve  
se agite y ora su quietud recobre  
con un balance y ademán donoso.

Por su tacto, a la seda semejante,  
por su hálito suavísimo y por cuantas  
especies de hermosura en sí reúne,  
por su índole benévola y la pura  
expresión de su lengua, por su ilustre  
nacimiento y alteza poderosa,  
que el precioso perfume del almizcle  
no es otro que su olor y que el aliento  
del aura con su aliento se embalsama,  
que el sol al verla su hermosura esconde,  
y a vista de sus luces aparece  
deforme, opaca la esplendente luna.

## POESÍAS PERSAS

### *Gacela XXX*

Llegó la rosa, amigos,  
vengan, vengan los juegos,  
esto mismo aconsejan  
los venerandos viejos.

No hay tristeza hora en nadie,  
pero ¡ay! que vuela el tiempo.  
Pues bebamos con ansia  
más que el tapiz manchemos.

Dulce el aura es, da gozo,  
mas yo apurar prefiero  
el rojo vino al lado  
de un semblante halagüeño.

Venga la lira, adversa  
es la suerte a los buenos.  
Para evitar su angustia  
¿por qué no enloquecemos?

¡Cómo brilla la rosa!

Agua y vino, que el fuego  
de amor, que me consume,  
quiero apagar con ellos.

Hafiz, ruseñor eres.  
¿Pues cómo tú al aspecto  
de las rosas pudieras  
mantenerte en silencio?

## POESÍAS TURCAS

Sobre los inciertos placeres de la vida

¿Hay estado que esté libre  
de la horrorosa tristeza?  
¿A quién no roba la sangre  
de la mejilla la pena?

Mi alma el vergel de esta vida  
contempló con faz atenta,  
y no encontró rosa alguna  
sin espina que la hiriera.

¡Cuántos años he vagado  
en torno de las tabernas,  
y no he gustado yo vino  
que no cause borrachera!